

**METAFISIOLOGÍA FREUDIANA: CONSTRUCCIÓN DE UN CONCEPTO**

**JUAN FELIPE GÓMEZ MONTOYA**

**Trabajo de Grado para obtener el título de Magíster en Investigación  
Psicoanalítica**

**DIRECTOR**

**JUAN MANUEL URIBE CANO**

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA  
DEPARTAMENTO DE PSICOANÁLISIS  
MEDELLÍN**

**2017**

## CONTENIDO

INTRODUCCIÓN .....	4
I. LA AFASIA VERBAL, PUNTO DE APERTURA DE UNA PROBABLE METAFISIOLOGÍA FREUDIANA.....	15
1. Los elementos sonoros en los trastornos lingüísticos de la afasia.....	16
2. La etapa fonética del lenguaje infantil.....	18
3. Las perturbaciones lingüísticas de origen central.....	19
4. El fonema, entre los trastornos fonéticos y fonemáticos.....	20
5. La imagen sonora, elemento principal de la representación-palabra.....	22
6. La imagen lingüística y su función en la afasia verbal.....	26
II. LO CUALITATIVO COMO <i>CARÁCTER TEMPORAL</i> DEL APARATO PSÍQUICO.....	29
1. Estímulos exógenos y excitaciones endógenas.....	31
2. El aparato psíquico y el sistema percepción.....	34
3. El período y lo cuantitativo.....	37
4. Lo cualitativo.....	39
III. LA <i>REIZ</i> Y LA TRANSFERENCIA ( <i>ÜBERTRAGUNG</i> ) SENSORIAL, FUNDAMENTOS DE LA IMAGEN ACÚSTICA.....	42
1. El átomo y la <i>Reiz</i> como conceptos simples.....	43
2. Memoria orgánica e inconsciente, un lenguaje psico-fisiológico.....	45
3. <i>Nervenreiz</i> y pulsión, una herencia conceptual.....	47
4. Transferencia sensorial, una distinción conceptual y funcional.....	50
5. La imagen sensible ( <i>Versinnlichung</i> ) y las ideas materiales.....	51

IV. <i>BEWUSSTSEIN</i> Y <i>BEWUSSTHEIT</i> , DESDE LA PERSPECTIVA FREUDIANA DE LO FUNCIONAL.....	53
1. <i>Bewusstsein</i> (Consciencia).....	56
2. La condición subjetiva de la consciencia ( <i>Bewusstsein</i> ).....	57
3. <i>Bewusstheit</i> (Condición de lo consciente).....	62
4. La desfiguración de “lo experimentado”: “lo representado”.....	64
V. CONCLUSIÓN.....	71
VI. BIBLIOGRAFÍA.....	74

## INTRODUCCIÓN

Theodor Adorno, en su texto *Dialéctica negativa*, sostiene que “superar los conceptos es, no quedarse simplemente con su forma antigua y tradicional, sino, además, indicar lo que en los conceptos mismos se conserva” (1975: 151), y la metafisiología se postula como aquello que se encuentra contenido en la metapsicología freudiana.

Si bien con la concepción metafisiológica no se intentará reducir la naturaleza orgánica a simples procesos fisiológicos o fuerzas químicas, pues esto quedará en la dimensión de lo ultrafenomenal, sino que se atravesará críticamente la obra primaria de Freud, para construir y explicar los fundamentos teóricos de dicha concepción.

Esos fundamentos teóricos de la metafisiología son los que permitirán abordar la obra de Freud desde otra perspectiva, es decir, leerlos de una manera distinta para que le brinden nuevos aportes a la teoría psicoanalítica freudiana. Por ejemplo, en la teoría de dicho autor se hallan tres puntos de vista: lo tópico, lo económico y lo dinámico, pero con el concepto de metafisiología (como se observará en el *IV* capítulo de la presente investigación) se propondrá un cuarto punto de vista: lo funcional, para trabajar el tema de la consciencia (*Bewusstsein*) y la cuestión de las huellas psíquicas duraderas y fugaces.

Es necesario mencionar que lo anterior se alcanza a percibir en la actualidad, dentro del campo teórico del neuropsicoanálisis, así sea que en este campo se hable en términos de mente y no de consciencia. Pues Freud, en sus inicios, fue un neurólogo y siempre tuvo un programa científico en mente. Al respecto, Mark Solms y Oliver Turnbull, ambos neurocientíficos, sostienen lo siguiente: “El programa de Freud intentaba cartografiar la estructura y funciones de la mente humana, las cuales, para él, se encontraban íntimamente relacionadas con la estructura y funciones del cerebro humano” (2013: 154).

Para Freud, la mente está constituida por procesos análogos y dinámicos, que pueden ser explorados y comprendidos por un modelo figurativo: la ‘metapsicología’. Ésta, además de permitirle a Freud estudiar, entender, describir y

explicar el funcionamiento interno y la naturaleza dinámica de la mente, le facilita indagar e identificar su estructura inconsciente y su organización neuronal.

La metafisiología, en cambio, es una cuestión que está encriptada en la obra freudiana y que –desde el año 2000, fecha en la que se dio el "Premio Nobel de Fisiología o Medicina"- se ha venido descomprimiendo a través de los trabajos neurocientíficos. Como muestra de esto está el asunto de las huellas mnémicas propuestas por Freud y que actualmente se desarrolla en el ámbito de la plasticidad neuronal, donde la marca sináptica configura la realidad psíquica del individuo.

En la actualidad, las neurociencias, respecto a la estructura y las funciones del cerebro humano, han estado indagando sobre el asunto de la *plasticidad neuronal* o *plasticidad sináptica*. Este asunto, por un lado, apunta a la naturaleza y al funcionamiento de las neuronas; y por el otro, designa las propiedades que se generan cuando aquellas se comunican entre sí a través de puntos de contacto (sinapsis).

La *plasticidad neuronal* implica la percepción de los estímulos que tiene el sistema nervioso central respecto a su propio interior y su medio ambiente (el exterior), pues los movimientos de tales estímulos –que se producen dentro de ese sistema– dejan huellas, que modifican (desfiguran) la transmisión (transferencia) de lo percibido, esto es, esas huellas constituyen la visión del mundo del individuo, su memoria, su consciencia.

La experiencia vivida deja una huella en el cerebro y el mecanismo de la plasticidad neuronal permite tal inscripción. “La plasticidad permite demostrar que, a través de una suma de experiencias vividas, cada individuo se revela único e imprevisible, más allá de las determinaciones que implica su bagaje genético. Así pues, las leyes universales definidas por la neurobiología conducen inevitablemente a la producción de lo único” (2006: 22), aseveran François Ansermet y Pierre Magistretti en su texto *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*.

El tema neurofisiológico de la *plasticidad neuronal* tiene sus bases en los "Premio Nobel de Fisiología o Medicina del año 2000". Los galardonados: Paul Greengard (médico y filósofo), Eric Richard Kandel (quien se destaca en los ámbitos de la medicina, la psiquiatría y la neurofisiología) y Arvid Carlsson (médico y

farmacólogo) descubrieron la "transducción de la señal en el sistema nervioso", es decir, el *modo* como se comunican las células nerviosas entre sí.

La *transducción* es la transformación de una señal (estímulo) exterior a otra de distinta característica (interior); es un proceso por el que se transfiere la información percibida por el sistema nervioso periférico al sistema nervioso central, en virtud de la acción de un elemento sensible (material). Dicho en otros términos, es el paso o la conversión de la sensación (propia del ámbito cuantitativo) a la cualidad sensible captada por el aparato psíquico (lo cual se expondrá en el // capítulo).

Ahora bien, ¿será que todo lo anterior se puede pensar desde el campo del psicoanálisis freudiano? Dicho de otro modo, ¿se podrán traducir esos temas a la terminología freudiana? Por ejemplo, ¿traducir la palabra "transducción" por "transferencia sensorial"? Pues, aquellos asuntos neurocientíficos se asemejan mucho a algunas cuestiones neurofisiológicas de las que Freud se ocupó en sus inicios como médico y neurólogo, y que las desarrolló posteriormente en su metapsicología, tal y como sucedió con el caso de la transferencia de sentimientos entre el médico y su paciente.

Por otro lado, la relación de Freud con *los primeros fisiólogos* (*De an.* 426a20), como Aristóteles califica a los atomistas, no solo está dada en términos de mecanicismo, sino también de causalismo, naturalismo, materialismo, determinismo, entre otros.

Dichos términos se fundamentan en una dependencia funcional de la causalidad y la necesidad, es decir, en ideas propias del atomismo.

Entre esas ideas, además, está la de la materia, pues "sea como quiera, los atomistas dieron la primera idea perfectamente clara de lo que es preciso entender por materia como base de todos los fenómenos" (1903 [1866]: 40), expresa Friedrich Albert Lange, un historiador del materialismo.

La propuesta atomista, la cual fundamenta la corriente materialista y de la que Freud se alimenta directa o indirectamente (como se verá en el *III* capítulo del presente trabajo), pues habla en términos de cualidades sensibles de las que, según Teofrasto, "[...] Demócrito sostiene que todas son afecciones de la sensación"

(Poratti et al., 1980: 309); cualidades de las que Freud alude en su *Proyecto de una psicología para neurólogos*.

Para los atomistas, toda la realidad posee una forma física: es material y está estructurada por partículas atómicas. Por ejemplo, la imagen es una emisión material de átomos proyectada por un objeto, que se desplaza hasta el individuo perceptor. Al igual que la imagen, el alma es material, pues ambos tienen la misma composición atómica. Lo mismo sucede con el órgano del pensamiento, en tanto se define como “[...] una concentración de átomos anímicos en una determinada parte del cuerpo [...]” (1993: 459-460), manifiesta Guthrie, un historiador de la filosofía griega. De hecho, el cuerpo no es una unidad en sí, sino que es un agregado de diminutas unidades físicas y cuantitativas, que se hallan en contacto.

Los choques o colisiones producen la vibración (palmós), el movimiento derivado. Este es el movimiento que admite Demócrito y que Epicuro utiliza referido a la oscilación de los átomos cuando se agrupan en cuerpos compuestos; y que además para Aristóteles e Hipócrates de Cos se denomina pulsación o palpitación.

Los atomistas no asumen el movimiento como algo teleológico o que se dé con un fin específico, sino como algo mecánico y connatural al átomo, que, como aduce Guthrie: “aconteció de un modo automático o por necesidad” (1993: 407), es decir, como el producto de la espontaneidad (autómaton, αὐτόματον), de algo que sobreviene de modo no necesario y accidental, desde sí mismo, por un lado; y por el otro, como lo que proviene de una necesidad natural: de choques y rebotes, que tiene su origen en lo inanimado, pero que está dado eternamente en el mundo material; y que, al ser inherente a la materia, pertenece a ella desde siempre y para siempre.

Lo mismo se emplea para el asunto de las ideas: estas son materiales. Al respecto, Kant, en su texto *Sueños de un visionario aclarados por sueños de la metafísica*, dice lo siguiente:

Para aplicar esto a los cuadros de la imaginación, que se me permita tomar por base lo que admitía Descartes y lo que la mayoría de los filósofos ha aprobado después de él: a saber, que todas las

representaciones de la facultad de imaginar se acompañan de ciertos movimientos del sistema nervioso, o en el espíritu nervioso, del cerebro, lo que se llama *ideae materiales*; es decir, se acompañan quizás del estremecimiento o de la vibración del elemento sutil segregado por los nervios, y esta vibración es análoga al movimiento que produciría la impresión sensible de la que la representación es la copia. (2004 [1766]): 99).

Los elementos vibratorios (palmós, en griego), que equivalen al movimiento que suscita la *idea de la forma* o la *imagen sensible* (*Versinnlichung*) de la cual habla Freud en su texto *Nota sobre la 'pizarra mágica'*, designan los elementos sonoros que pertenecen a las asociaciones lingüísticas (lo cual se relaciona con el tema de las afasias verbales, que fueron trabajadas por Freud en su texto *La afasia* y que se abordarán en el primer capítulo del presente trabajo de investigación) y al *carácter temporal* o ritmo (ῥυθμός [rhythmós], en griego o Rhythmus, en alemán) del aparato psíquico (asunto del que Freud refiere en varios textos, entre ellos: *Proyecto de una psicología para neurólogos*, *Más allá del principio de placer*, *El problema económico del masoquismo*, *Nota sobre la 'pizarra mágica'*, *La negación* y *Esquema del psicoanálisis*).

Pues bien, esas *ideas materiales*, que de cierto modo –además de aludir al asunto aristotélico de la *forma-en-la-materia* y a la problemática cartesiana de la sustancia "resuelta" por Spinoza mediante los *modos infinitos mediatos*– tienen relación con el tema de la *imagen sensible* o la *forma material de la cantidad* de Freud, el cual se encuentra en su *Proyecto de una psicología para neurólogos*; pero se debe tener presente que es una forma que siempre hace referencia a la imagen (movimiento) del objeto material y que al ser cuantificable por medio de los propios órganos sensoriales, al resolverse por la vía de la experiencia sensible y la excitación nerviosa, provoca a su vez una serie de traumas que dan cuenta de la realidad psíquica del individuo.

Las *ideas materiales* designan el texto de Freud: *La afasia* y se conectan con algunos aforismos de Nietzsche, que fueron formulados entre 1872 y 1875, los cuales están en *El libro del filósofo. Retórica y lenguaje*; en cuanto a que:

El hombre que conforma el lenguaje [der sprachbildende Mensch] no aprehende cosas o hechos, sino excitaciones [Reiz]: no devuelve sensaciones [Empfindung], sino simples copias [Abbildung] de las mismas. La sensación provocada por una excitación de los nervios, no alcanza a la cosa en cuanto tal: dicha sensación aparece al exterior a través de una imagen. De todos modos todavía queda por saber cómo una imagen sonora [Tonbild] puede traducir un acto del alma. (Nietzsche, 2000: 140).

La imagen sonora se manifiesta como un “acto del alma”, una perturbación anímica del hombre, que se transfiere al nivel de la palabra, del lenguaje humano.

Pues repitiéndolo el hombre piensa sin cesar, como todo ser viviente, pero no lo sabe; el pensamiento que se torna consciente representa sólo una ínfima parte de éste, digamos: la parte más superficial, la peor parte –pues únicamente este pensamiento consciente transcurre en palabras, vale decir, signos de comunicación, con lo que se pone de evidencia el origen de la conciencia misma. En pocas palabras, el desarrollo del lenguaje y el desarrollo de la conciencia (no de la razón, sino tan sólo el devenir –consciente de la razón) caminan juntos. (Nietzsche, 1992: 270).

Si bien no se puede desconocer que el pensamiento teórico de Kant y Schopenhauer influyó –directa o indirectamente- en el trabajo conceptual de Freud, entonces tampoco se puede omitir lo que significó la función del pensamiento de Nietzsche dentro del constructo teórico freudiano. Pues Nietzsche, quien estuvo más influenciado teóricamente por Schopenhauer que por el propio Kant, estableció un fuerte vínculo entre intelecto-materia.

De este vínculo surgen las *formas*: “Las *formas* del intelecto [*Intellekt*] han surgido, muy lentamente, de la materia” (Nietzsche, 2000: 55), lo cual permite pensar sobre el asunto de la forma material de la cantidad que también se presenta en el pensamiento teórico freudiano y, a su vez, alude al asunto del ritmo (*Rhythmus*), del período, en relación con el movimiento neuronal, pues el período de este movimiento “[...] es el fundamento de la consciencia” (Freud, 1950a [1895]: 354).

Este es precisamente uno de los temas principales que se presenta en el *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1950a [1895]), puesto que su propósito radica en averiguar cómo funciona el aparato psíquico desde el punto de vista cuantitativo. No obstante, dicho propósito se confronta ante el aspecto cualitativo: los modos sensibles, las formas del estímulo y la condición subjetiva de la consciencia (Cfr. p. 355). Por tanto, el aparato psíquico es un sistema cualitativo con bases cuantitativas, que se afecta por la acción de los objetos materiales, por las imágenes-movimiento.

Con base en todo lo anterior, surge la siguiente inquietud: ¿cuáles serían los elementos necesarios para constituir la concepción metafisiológica freudiana?

Entre ellos están la excitación nerviosa (*Nervenreiz*), la transferencia sensorial o transducción (tal y como la llamaron los "Premio Nobel de Fisiología o Medicina del año 2000"), la vibración (movimiento [kinesis] periódico o cuasiperiódico), la imagen acústica (cinestésica o lingüística), el ritmo (ciclo temporal, período, intervalo), lo orgánico y la "condición de lo consciente" (*Bewusstheit*).

Para lograr construir el concepto de metafisiología es necesaria una metodología que se fundamente en el seguimiento de dichos elementos, pues en la investigación psicoanalítica, el sujeto investigador debe orientarse a través de su pregunta, para luego probar y demostrar argumentativamente su hipótesis.

Este *modo de proceder* establece rigurosamente la deducción, porque, con base en una sola hipótesis, se hallan unos obstáculos epistemológicos en la investigación psicoanalítica, es decir, a partir de una hipótesis bien definida se logra

dar cuenta de las dificultades que se presentan en la elaboración de un conocimiento psicoanalítico.

El *modo de proceder* enseña que la hipótesis o el enigma son en sí obstáculos epistemológicos, que pueden hacer replantear respectivamente todo un trabajo investigativo; pero más allá de esto, lo que aquí se pone en evidencia es que el sujeto investigador construye objetivos y métodos y busca nuevos hallazgos e indicios conceptuales.

El sujeto investigador debe formularse preguntas que guíen mejor su investigación por el campo de la realidad fenoménica y objetiva, ya que, mediante un saber-preguntarse, se le posibilita aprehender adecuadamente unos conceptos y un método y formaliza rigurosamente la pregunta investigativa.

El presente proyecto tiene la siguiente pregunta investigativa: ¿será que existe la posibilidad de construir el concepto de metafisiología en la teoría freudiana, que se cuestione por las causas orgánicas que determinan el lenguaje de un individuo?

A partir de dicha pregunta, que comenzará a desarrollarse a partir del primer capítulo de la presente investigación, se propone como fuente documental primaria la obra de Freud, la cual se intervendrá con un modelo de acercamiento analítico, hermenéutico, crítico y propositivo, que permitirá construir el concepto de metafisiología mediante los conceptos antiguos (por ejemplo, los de los atomistas), hasta captar lo que en aquel se mantiene de estos, por un lado; y por el otro, hasta indicar, revisar, cuestionar y "aumentar" la información referida a dicho concepto.

Con base en este enfoque cualitativo, se intentará encontrar, comprender y describir los elementos fundamentales y medios para delimitar y circunscribir el objeto de estudio: el concepto de metafisiología en la teoría freudiana.

Ahora bien, para plantear y establecer una serie de condiciones que faciliten la existencia de un concepto dentro de un campo específico, como lo es el freudiano, es necesario presentar un método a seguir dentro de ese trabajo investigativo.

Con esto, al fin de cuentas, no se dirá la última palabra ni se instaurarán certezas, sino que se propondrá establecer una cierta legitimidad y se postularán

las condiciones de posibilidad de su existencia conceptual dentro del campo del conocimiento freudiano.

Además, se llevará a cabo una evaluación sistemática y analítica del conocimiento acumulado, pues posibilita el desarrollo del trabajo investigativo en pro de postular *lo no dicho* hasta ese momento respecto al tema rastreado.

Si el método es el camino que debe desarrollarse en función de alcanzar la mayor precisión posible en el momento de la aventura investigativa, entonces debe configurarse como el que constata y avale la rigurosidad y la precisión en el trabajo investigativo.

El bien decir, dentro del trabajo investigativo, es el momento en el que se formula un nombre, una noción, un concepto, una palabra o un enunciado que permita abrir un sin número de conexiones teóricas en las que el sujeto investigador se sienta impulsado, incitado a proponer lo nuevo dentro de aquel trabajo.

El bien decir, que es responsabilidad de dicho sujeto, alude al *cernir*, lo cual significa que es necesario filtrar, depurar sistemáticamente la pregunta investigativa, para afinarla, precisarla y establecerla.

En la investigación psicoanalítica debe prevalecer lo irrepetible, por un lado; y por el otro, también debe dominar lo excepcional, lo irrelevante y lo trivial, pues a estos factores se les otorga un valor indiciario, en tanto que, al ser reveladores, llevan en sí lo íntimo, lo singular, la marca de su autor material y/o intelectual.

¿Cómo vincular en la investigación psicoanalítica lo singular y lo estructural? Lo singular apunta a la relación que tiene el sujeto investigador: estar dispuesto a abordar metodológicamente lo contingente, lo imprevisto, el azar (*tyche*) y *lo real no codificado*. Por su parte, lo estructural comporta lo constante, invoca lo que es universal dentro de una estructura y da cuenta de lo que es común dentro de esta última.

Pues bien, Lacan propone retornar a los presupuestos teóricos de Freud. Tal propuesta tiene un significado especial, en cuanto a que implica re-significar, re-conceptualizar, re-estructurar y darle mayor validez a la teoría psicoanalítica freudiana.

Para Lacan, el psicoanálisis posee un método que justifica mejor su intrusión al campo de la crítica literaria: un método que plantea al psicoanálisis como aquello que está “[...] allí para que los textos se midan con él, estando el enigma de su lado” (Lacan, 2012: 21).

Lo inconsciente es la letra/carta que llega a su destino a modo de enigma, y como enigma designa el fracaso por el que el mensaje de la letra/carta se ve atravesado. Tal atravesamiento deja un agujero como rastro. A lo cual aporta Lacan: “Por mi parte, si propongo al psicoanálisis la letra/carta como en espera [*en souffrance*], es que muestra allí su fracaso. Y es por eso que allí lo aclaro: cuando invoco así las luces, es para demostrar dónde hace *agujero*” (2012: 21).

Lacan es un autor que sabe de ese poder que se *asienta* en el símbolo. Pero es un símbolo que se constituye a través de la escritura del mensaje, que comporta la letra/carta.

Ahora bien, la palabra escrita es la que encarna la acción de teoría. Y su valor expresivo se establece entre el nexo y la separación de lo dicho y lo callado del texto. Dentro de este, la ausencia se nombra por medio de la palabra leída.

Por esto es que, según Foucault:

Se regresa a un cierto vacío que el olvido ocultó o esquivó, que recubrió con una plenitud falsa o mala y el regreso tiene que redescubrir esta laguna y esta falta; de ahí el perpetuo juego que caracteriza estos regresos a la instauración discursiva, juego que consiste en decir por un lado: esto estaba ahí, bastaba leerlo, se encuentra ahí, los ojos tenían que estar muy cerrados y los oídos muy tapados para no verlo y oírlo; e inversamente: no, no es en esta palabra, ni en aquella palabra, ninguna de las palabras visibles y legibles dicen lo que ahora está en cuestión, se trata más bien de lo que se dice a través de las palabras, en su espacio, en la distancia que las separa. (1969: 70-71).

En ese espacio de lo dicho por la palabra se presenta un enlace ‘entre’ lo explícito y lo implícito de la misma. Así, la palabra le da cuerpo y concordancia al hiato, al

agujero, a la laguna que hay en su propio interior. Por tanto, la palabra, al contener lo que perdura en el tiempo, la presencia y la ausencia, atrapa la vida de la escritura, es decir, su modo de existencia en la lectura.

La lectura tiene la función de abrir ese espacio del 'entre': el vacío que existe entre cada palabra del texto, para producir un sentido que se anticipa silenciosa y rápidamente al *tiempo presente*. Este es un tiempo donde existe una simultaneidad de dos momentos: primero, una suspensión fugaz del tiempo, que logra una nueva comprensión, una unidad de sentido; y segundo, un escenario antes no imaginado.

Aquella presencia del sentido alude precisamente a la aparición de la ausencia, del vacío en la lectura, lo cual se puede conectar con Lacan en tanto que la falta, lo callado es lo que completa el símbolo para convertirse en lenguaje.

La palabra, que es el referente de tal transformación, "[...] es ya una presencia hecha de ausencia [...]" (Lacan, 2002 [1953]: 265). La ausencia, que no es más que la representación de un enigma, se intenta nombrar por medio de la palabra.

En tal intento de nombramiento se da una *tensión* entre el signo mudo y el fonema, con lo cual se demuestra un fracaso en el momento de nombrar un enigma, que solo se resuelve como un agujero, que siempre está presente en la palabra: aquella que contiene el mensaje de la letra/carta que perdura en el tiempo a modo de espera y que se necesita de un trabajo de investigación para ponerla en evidencia.

## I. LA AFASIA VERBAL, PUNTO DE APERTURA DE UNA PROBABLE METAFISIOLOGÍA FREUDIANA

El tema de la afasia es un punto nodal que, además de servir como eje y referente de algunos asuntos teóricos relacionados con el psicoanálisis y la lingüística, permitirá reflexionar sobre el concepto de metafisiología, en la obra freudiana.

¿Por qué abordar precisamente el tema de la afasia? Pues ella es un punto de apertura, para considerar la existencia de una hipótesis que se fundamente en la postulación de dicho concepto.

Con base en esa consideración hipotética, se revisarán los posibles resultados teóricos y cuáles de ellos son favorables, para desarrollar tal concepción metafisiológica.

La cuestión de la afasia –concretamente, la afasia verbal, que es concebida por Freud, como “una afasia de primer orden [...], en la que solamente están perturbadas las asociaciones entre los elementos singulares de la representación-palabra” (1992 [1915e]: 212), la imagen sensorial simple– será el punto de partida, para lograr establecer criterios, que aprueben la formulación de la concepción metafisiológica.

Desde una perspectiva metafisiológica, el material psíquico –que es el resultado de la acción que ejerce el mundo interno y externo sobre el pensamiento consciente– posee elementos auditivos, cinestésicos y visuales, es decir, impresiones sonoras, percepciones de movimiento y recuerdo.

Si bien en el material percibido y vivenciado por la consciencia están en juego las imágenes (acústicas, movimiento, mnémicas), los elementos vibratorios –los acústicos o sonoros– priman sobre los demás, ya que tienen mayor conexión con las asociaciones lingüísticas, con el lenguaje.

## 1. Los elementos sonoros en los trastornos lingüísticos de la afasia

Los elementos sonoros –como material sensorial y representantes de las cantidades de excitación (*Reiz*)<sup>1</sup>- son el referente primordial de la aprehensión que realizan los órganos sensoriales, pues a través de la afectación de estos órganos se producen las imágenes acústicas o lingüísticas. Esto significa que la recepción, que llevan a cabo los órganos de los sentidos, es activa en tanto que le proporciona información a la consciencia a modo de cualidades sensibles, palabras.

Ahora bien, ¿será que dichos elementos son un aspecto clave para comprender los trastornos lingüísticos de la afasia? Pues se sabe que Freud, para su época, no tuvo las herramientas adecuadas para abordar esos trastornos de una manera más rigurosa, puesto que todavía no estaba la lingüística en todo su esplendor conceptual.

En la actualidad, se puede abordar el trabajo del lingüista ruso Román Jakobson: *Lenguaje infantil y afasia*, para ilustrar parcialmente lo que se ha desarrollado a partir del tema de la afasia.

Cabe resaltar que, por cuestiones prácticas, aquí se aludirá a algunas consideraciones de Jakobson sobre el tema de la afasia, con el objetivo de mostrar que –aunque su teoría difiera directa o indirectamente de la de Freud- comparten algunos aspectos que podrían llamarse pre-lingüísticos, entre ellos lo relacionado con lo fónico (que es distinto a lo fonético y lo fonemático), la imagen sonora, que es un punto medular en la teoría de las afasias.

El solo hecho de decir que ambos autores comparten algunos aspectos teóricos, no significa que Jakobson acepte lo que Freud haya postulado respecto al tema de la afasia, sino que los dos autores, dentro de sus constructos teóricos, hablan del aspecto de la imagen acústica o lingüística referido al asunto de la afasia.

Según Jakobson, los trastornos lingüísticos de la afasia están en el modo de recibir y emitir, es decir, en el orden de la sordera y del mutismo verbal. Sin embargo, la sordera ante los sonidos no tiene como origen el campo acústico o sensorial, sino

---

<sup>1</sup> La *Reiz*, como unidad mínima y elemental de todo organismo vivo, es el material orgánico que abastece cuantitativamente el sistema neuronal.

que “[...] pertenece a la esfera conceptual y semiótica” (Jakobson, 1974: 56), pues está afectado su valor lingüístico. Por su parte, el mutismo de sonidos proviene de una pérdida de la facultad de diferenciación. Por esto, el afásico, que no logra distinguir los valores lingüísticos, “[...] se encuentra situado, respecto de su lengua materna, en la posición de un extranjero y se vuelve incapaz de percibir –y de usar– tales diferencias de sonidos” (Jakobson, 1974: 59).

De otro lado, Freud, en su texto: *Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas*, hace referencia al fenómeno de la inversión o trastorno de la secuencia fónica, que designa el atributo de la indistinción que poseen las palabras en el juego del niño y en el trabajo del sueño. “Recordamos cuán de buena gana juegan los niños con la inversión fonética de la palabra y cuán a menudo el trabajo del sueño se sirve, para diversos fines, de la inversión de su material figurativo. (Aquí ya no son letras, sino imágenes cuya secuencia se trastorna)” (Freud, 1979 [1910e]: 152).

La pérdida de aquella facultad de diferenciación también se evidencia en el pensamiento inconsciente, pensamiento caracterizado por el tema del sueño. El trabajo del sueño acoge la contradicción, vale decir los elementos opuestos como idénticos entre sí, es decir, el ‘No’ y el ‘Sí’ se corresponden y se correlacionan de un modo negativo o positivo. La similitud dentro del contenido del sueño se da en virtud de que los elementos opuestos no están en total independencia ni se distinguen, sino que se consideran indistintamente.

La indistinción está contenida en la unidad onírica a manera de que ésta retiene el significado de una palabra y al mismo tiempo el significado de su opuesta. En dicha unidad, el ‘No’ y el ‘Sí’ se encuentran indeterminados, ya que están en una relación recíproca. Dicho de otro modo: en la unidad onírica existen simultáneamente las propiedades de una cosa y las de su contraria. Esto significa que, como Freud formula: “[...] una cosa en el sueño puede significar su contraria” (1979 [1910e]: 147).

Por lo tanto, el afásico que se encuentra del lado del mutismo verbal, que propone Jakobson; y la inversión fónica de la palabra, que llevan a cabo los niños con su juego, está situada sobre la base de la pérdida de la facultad de

diferenciación o distinción de las palabras, que también se presenta en el contenido inconsciente.

## **2. La etapa fonética del lenguaje infantil**

Es necesario tener presente lo que concierne a las observaciones lingüísticas realizadas al lenguaje infantil, puesto que en ellas está la clave para la comprensión y la clasificación de los hechos fonéticos de la afasia.

Si bien el niño crea a partir de la imitación de su modelo, él no realiza una imitación fiel y exacta del sistema lingüístico del adulto o de su propio modelo, pues el infante, debido a su sistema fónico precario, logra modificar, mutar, sustituir, combinar, desfigurar, entre otros, los elementos de su sistema modelo.

Ahora bien, ¿cómo se constituye el sistema lingüístico después de las modificaciones fónicas de los niños? Jakobson propone una posible respuesta: “la lingüística nos ha enseñado, pues, que ciertas mutaciones del lenguaje infantil podían ser el origen de la evolución de las lenguas” (1974: 28), sin embargo, hay que ir más allá de los puntos comunes, para hallar y establecer las leyes que tienden a ser generales en la estructura del lenguaje infantil, hasta llegar a las leyes de las lenguas humanas y, a su vez, a las del sistema lingüístico. El punto de llegada de tal asunto está en abordar los temas omitidos en la historia de la lingüística, esto es, “las etapas prelingüísticas y las primerísimas manifestaciones lingüísticas, de capital importancia en la construcción fónica de una lengua [...]” (Jakobson, 1974: 28-29).

Los sonidos del balbuceo pertenecen a la etapa prelingüística del niño, pues son elementos que configuran el aparato del lenguaje. En esta etapa es cuando el niño manifiesta una “abundancia fonética”, es decir, emite espontáneamente sonidos sin efectuar un control motriz sobre ellos. En cambio, cuando el niño comienza a esforzarse por articular los sonidos, por adquirir sus primeras palabras para comunicarse, entonces se empieza a constituir la primera etapa lingüística.

En la etapa lingüística del niño se inicia la construcción de un sistema fonemático. Dicha construcción tiene sus fundamentos en el significado que el niño

le asigne a los sonidos escuchados. Cabe resaltar que, en ese momento de asignación, el niño selecciona los sonidos. Pues bien, esta selección de los sonidos del discurso y de los signos lingüísticos “[...] está inseparablemente ligada con la naturaleza semiótica del lenguaje [...]” (Jakobson, 1974: 40). Un ejemplo de esto se observa en el caso de la repetición de los mismos sonidos, la cual es clave para que el niño adquiera y memorice los fonemas y las palabras producidas por sí mismo y escuchadas en otros. Así es como en la repetición de los sonidos se imponen la imagen motriz y la imagen sonora. Por esto es que “[...] se consigue a menudo que el niño repita como un loro sonidos y sílabas aislados que no aparecen en su discurso espontáneo” (Jakobson, 1974: 34).

Allí se hace el paso de lo fonético a lo fonemático, del sonido del balbuceo al sonido lingüístico, lo cual se desarrolla en el niño, pues, como dice el lingüista belga Antoine Grégoire (citado por Jakobson), “[...] el aspecto social se hace cada día más determinante y el balbuceo sólo aparece ya en los momentos de los juegos solitarios al acostarse y al levantarse, para quedar finalmente relegado después a las manifestaciones del sueño” (1974: 43).

La distinción teórica de lo que es fonético y fonemático permite la comprensión de las consideraciones que son realizadas sobre el tema del lenguaje infantil y de los afásicos. La consideración de dicho lenguaje está en el campo fonético, y la del afásico en el ámbito de los trastornos fonemáticos.

### **3. Las perturbaciones lingüísticas de origen central**

Para Jakobson, las perturbaciones lingüísticas de origen central comienzan a abordarse y estudiarse cuando aparece el deterioro del sistema fonemático o “el sistema de los valores sonoros que distinguen las significaciones” (1974: 48).

Según él, los aportes de la psiquiatría y la neurología, que en muchos casos designan la forma fónica y la parte externa de la lengua, tienen un valor importante. Contrario a los aportes que se llevan a cabo sobre el tema de la lengua de tales disciplinas, están las formulaciones de la parte interna del lenguaje expuestas por el médico francés Paul Broca, quien descubrió el centro del habla: el área de Broca,

que se encuentra en el cerebro humano. Además, trabajó sobre la noción de afasia y mostró el carácter simbólico del lenguaje.

Así como se han de considerar aquellos aportes al tema de los trastornos afásicos, también se ha de tener en cuenta lo que concierne a las observaciones lingüísticas realizadas al lenguaje infantil, ya que en éstas está la clave para la comprensión y la clasificación de los hechos fónicos de la afasia.

Desde una perspectiva de la patología del lenguaje, se habla de trastornos afásicos cuando aparecen modificaciones fonéticas del discurso y “lesiones del aparato bulbar eferente” (aparato que hace parte del tallo cerebral, tiene forma de bulbo y controla las neuronas motoras inferiores necesarias para tragar, hablar, masticar, entre otros). Sin embargo, desde el punto de vista de la lingüística, el gran aporte de Jakobson radica en que: “En los trastornos afásicos no hay lesión del aparato articulatorio, ni de los órganos auditivos, ni del aparato bulbar del que depende la formación de los sonidos. Se trata más bien de algo que se ha aprendido, es una adquisición mnésica que se pierde” (1974: 47).

Esto demuestra que la característica principal de los trastornos afásicos es el deterioro del “[...] valor distintivo lingüístico de los sonidos [...]” (Jakobson, 1974: 47), es decir, la pérdida del significado y del sentido representativo de cada uno de los fonemas. “En ello reside el verdadero origen de los trastornos de la producción o la comprensión de sonidos” (Jakobson, 1974: 47). Así, pues, los afásicos no reconocen las oposiciones, ni las diferencias entre los fonemas adquiridos.

#### **4. El fonema, entre los trastornos fonéticos y fonemáticos**

Como se había manifestado al inicio del presente texto, el tercer aspecto propuesto por Jakobson implica la articulación de los dos aspectos anteriores, estos son: el nacimiento (abordado en el tema del lenguaje infantil) y el deterioro del lenguaje humano, para luego estudiar su forma acabada, su estructura lingüística.

La articulación de aquellos dos aspectos tiene como base lo siguiente: “Mientras [...] que el niño no se contenta con reducir pura y simplemente el modelo lingüístico, sino que atribuye nuevos valores al sistema simplificado, el afásico no

se limita a ofrecer un desmantelamiento de su sistema antes más rico, sino que incluso a veces ofrece una reestructuración” (Jakobson, 1974: 48-49).

Si bien la estructura consiste en una articulación de elementos dentro de un bosquejo, donde dichos elementos se encuentran íntimamente ligados, de forma tal que la alteración de alguna de las partes implica la modificación de la totalidad de la estructura, entonces, la alteración de esta, vale decir, la reestructuración del sistema lingüístico del afásico se produce en virtud de su capacidad –total o parcial– de comprender, pues ésta es la que incita el movimiento y el cambio de las partes de aquel sistema del afásico. Por tanto, los hallazgos en el campo de la afasia permiten la reconstrucción de su sistema fonemático.

La articulación de las observaciones efectuadas a los temas del nacimiento y de la perturbación del lenguaje arroja como resultado que los trastornos fonéticos son diferentes a los trastornos fonemáticos, del sentido o de la significación. Y el principal representante de dicho resultado es el fonema.

Si bien el fonema, para De Saussure, es un “[...] término, que implica una idea de acción vocal, no puede convenir más que a las palabras habladas, a la realización de la imagen interior en el discurso” (1945: 128); en sí carece de significado y es un elemento diferenciador, pues su función principal está en distinguir cada palabra de todas las demás, por medio del significado. De hecho, “la participación fundamental del fonema en la significación, es decir su función distintiva, se hace patente en los trastornos de la comprensión, tanto de los sonidos como de las palabras” (Jakobson, 1974: 52).

En el momento en que el fonema participa de los trastornos fonéticos y semánticos se produce una “polisemia del signo lingüístico”, esto es, una multiplicidad de sentidos, significados, palabras, entre otros, que se mezclan con otros signos, de tal modo que forman y reconstruyen los conceptos del objeto virtual. Así, pues, los trastornos afásicos implican la función simbólica de la lengua, lo cual no está muy lejos de la tesis freudiana: “[...] sobre la base patológica de los trastornos del lenguaje, no podemos menos que formular: *La representación-palabra se anuda por su extremo sensible (por medio de las imágenes de sonido) con la representación-objeto*” (Freud, 1992 [1915e]: 212).

## 5. La imagen sonora, elemento principal de la representación-palabra

En la “Introducción” del texto *Lo inconsciente* (1992 [1915e]), Freud defiende insistentemente la existencia de los procesos anímicos inconscientes (Cfr. p. 156). Si bien esto se observa en el desarrollo de dicho texto, uno se puede preguntar: ¿por qué Freud fue tan enfático en la existencia de esos procesos?

En *Lo inconsciente*, por ejemplo, se encuentra el “Apéndice B. El paralelismo psicofísico”, donde se presentan varias consideraciones teóricas que indican que el citado autor fue influenciado por el padre de la neurología moderna: Hughlings-Jackson, básicamente por la relación que este estableció entre la psique y el sistema nervioso, es decir, aquél dio su paso de neurólogo a psicólogo en virtud de las concepciones que este último autor le transmitió.

Una de tales concepciones se refleja en el hecho de que Freud no acepta la hipótesis de Theodor Meynert, la cual radica en que: “[...] el aparato del lenguaje consistiría en distintos centros corticales en cuyas células se contienen las representaciones-palabra [...]” (Freud, 1992 [1915e]: 204). Para Freud, no es válido creer que las representaciones-palabra se alojen en las células nerviosas, pues precisamente aquéllas hacen parte del material psíquico, del pensamiento latente del individuo.

Si Freud insiste en la existencia del pensamiento inconsciente, es porque sabe de la distinción que hay entre las lesiones orgánicas y las perturbaciones psíquicas. Por esto concibe la representación-palabra como uno de los elementos clave, que permite realizar tal diferenciación.

Él pone en juego su saber frente a tal distinción, en el momento en que postula el “Esquema psicológico de la representación-palabra”, el cual aparece en el “Apéndice C. Palabra y cosa”, del texto *Lo inconsciente*. Ese “Esquema” también está formulado en el “Capítulo VI” del texto *La afasia* (1891), como “Esquema psicológico del concepto de la palabra” (Cfr. p. 91).

Ahora, ¿qué aportes brinda ese esquema hipotético respecto al aparato del lenguaje? Esos aportes van más allá de la mera diferenciación entre la cuestión psicológica y la anatómica.

Para la psicología, la unidad de la función del lenguaje es la «palabra»: una representación compleja que se demuestra compuesta por elementos acústicos, visuales y kinestésicos. El conocimiento de esta composición lo debemos a la patología, que nos enseña que en caso de lesiones orgánicas en el aparato del lenguaje sobreviene una fragmentación del habla siguiendo esta composición. De tal modo, nuestra expectativa es que la ausencia de uno de estos elementos de la representación-palabra habrá de resultar la marca más esencial que nos permitirá inferir la localización del proceso patológico. (Freud, 1992 [1915e]: 207-208).

Si bien en ambos esquemas, los que aparecen en los textos: *La afasia* y *Lo inconsciente*, tienen respectivamente como base la imagen cinestésica y la imagen motriz, para Freud, la *marca más esencial* se encuentra en los elementos sonoros de la representación-palabra (Cfr. p. 212, *Lo inconsciente* (1992 [1915e]), pues esta se asocia con la representación-objeto mediante la imagen acústica: aquella que comporta la huella psíquica o mnémica, es decir, la representación del sonido material.

Los elementos sonoros, que no son más que los sonidos materiales, y la imagen sonora se pueden vincular con la propuesta de Nietzsche, que se fundamenta en las figuras acústicas de Ernst Florenz Friedrich Chladni (1756-1827), es decir, con el fundador de la acústica. Dicha propuesta alude a “[...] las radiaciones más delicadas de la actividad nerviosa [...]” (Nietzsche, 2000: 38), que se expresan en el “proceso artístico”, es decir, en la relación que se presenta entre la imagen sonora y aquella actividad nerviosa.

Desde el ámbito del sonido, el ritmo, en tanto fluir del movimiento y fenómeno temporal, como fuerza dinámica y movimiento regular, comprende la imagen acústica. A través del sonido, que percibe el oído como órgano sensorial, vibran los tejidos nerviosos. Por tanto, en tal agitación y estimulación, que designa la naturaleza del proceso artístico, se presenta el movimiento periódico, el ritmo.

La fuerza artística –la que produce formas- tiene sus cimientos en las sensaciones de placer y displacer, pues a partir de ambas sensaciones se configura todo el conocimiento con que labora el intelecto (*Intellekt*). El empuje, que ellas dos brindan, permite ejecutar los movimientos adecuados para que se estimule el sistema nervioso. “El hecho de que estos movimientos adecuados induzcan a la sensación a otros nervios da lugar a la sensación de la imagen” (Nietzsche, 2000: 39).

Según Nietzsche, “la palabra es la reproducción sonora de una excitación nerviosa” (2000: 89). En efecto, el lenguaje nombra a través de la palabra. La tarea de nombrar lo mudo es el obrar del individuo con su lenguaje. Ahí se presenta el trabajo cinestésico de la palabra, cuya función radica en transferir una imagen sonora a lo mudo de la realidad psíquica del individuo. Así se asocia el elemento acústico con lo que otrora estuvo mudo. Este obrar se da en la mediatez de la consciencia. En la mediatez es donde surge y se expresa la palabra. El individuo se comunica por medio de la misma. La palabra es la imagen acústica de la realidad de las cosas del mundo. Lo comunicable de las cosas es su ser lingüístico: su representación.

La palabra trata de imitar la realidad interior y exterior del individuo. Así se establece la relación aparente entre el mundo de las cosas percibidas y la palabra, pues, como Nietzsche sostiene: “Creemos saber algo de las cosas mismas cuando hablamos de árboles, colores, nieve y flores y, sin embargo, no tenemos más que metáforas de las cosas, metáforas que no corresponden en absoluto a las entidades originarias. Al igual que el sonido en forma de figura en la arena, la enigmática X de la cosa en sí se presenta primero como excitación nerviosa, después como imagen y finalmente como sonido articulado” (2000: 90).

Nietzsche puso en evidencia lo siguiente: antes de todo sonido articulado, de toda imagen, de toda representación está la excitación nerviosa (*Nervenreiz*): “El creador del lenguaje se limita a denominar las relaciones de las cosas para con los hombres y para expresarlas acude a las metáforas más audaces. Primero

transponer<sup>2</sup> una excitación nerviosa a una imagen: primera metáfora. Nueva transformación de la imagen en un sonido articulado: segunda metáfora” (Nietzsche, 2000: 89).

La transferencia y la transformación de la imagen sirven para dar cuenta del sentido que Freud trabaja en su texto: *La afasia* (1891), que bien puede tomarse análogamente a la formulación nietzscheana de *la primera y la segunda metáfora*.

Aquí, en el sentido nietzscheano, se debe poner el interés, es decir, servirse de dicho sentido para poder comprender el sentido freudiano: el paso, o mejor, la transferencia de la “cosa” (*Ding*) del mundo a objeto (con cualidades y predicados), donde configura la representación-cosa, que no es más que “[...] la investidura, si no de la imagen mnémica directa de la cosa, al menos de huellas mnémicas más distanciadas, derivadas de ella” (Freud, 1992 [1915e]: 198).

Luego, el movimiento que se genera de aquella transferencia se resuelve en la consciencia hasta que logra convertirse en lo que Freud denomina como *representante psíquico, agencia representante (Repräsentanz)*, vale decir, el *representante representativo (Vorstellungsrepräsentanz)*, donde el objeto en cuanto sensible es puesto en el mundo del lenguaje, de las imágenes, las apariencias, las ilusiones, las metáforas, las representaciones, con las cualidades dadas por el hombre.

Por esto, al hombre a través de la palabra le es difícil aprehender fielmente la totalidad del contenido de la experiencia sensible del mundo. La palabra sólo se queda con la mera forma de las cosas, las cuales se resuelven por la vía de las imágenes. “La palabra sólo contiene una imagen; de ahí el concepto” (Nietzsche, 2000: 33).

Así pues, se dice que a la palabra sólo le queda imitar y metaforizar el mundo de las cosas materiales a partir de las imágenes lingüísticas. Esto es, todo lo que la palabra expresa se encuentra en la dimensión de lo aparente, “[...] cuyas propiedades nos son transmitidas por nuestros sentidos [...]” (Freud, 1973 [1891]: 90).

---

<sup>2</sup> Cabe señalar y aclarar que Nietzsche, en el texto original, utiliza el verbo *übertragen* (transferir): “Ein Nervenreiz zuerst übertragen in ein Bild! erste Metapher. Das Bild wieder nachgeformt in einem Laut! Zweite Metapher” (1999 [1873]: 879), lo cual se tendrá en cuenta para el decurso de este trabajo.

La palabra demuestra que lo que se nombra tiene vínculo con lo percibido por los órganos sensoriales, cuya función permite aprehender de las cosas del mundo exterior su mera forma, su apariencia.

La forma es símbolo de lo comprensible universalmente: la imagen. El lenguaje es símbolo de lo que aparece en el mundo. Por esto el lenguaje no puede ingresar en la esencia de las cosas, a la cosa como tal, ya que ambos están en niveles diferentes.

Al lenguaje sólo le resta interpretar el mundo a través de la imagen lingüística. Aquí se halla lo propio del lenguaje: la realidad interior y exterior son comprendidas a partir de las meras imágenes, de las meras representaciones. “Por lo tanto, originalmente ya la existencia misma de la representación es una carta de ciudadanía que acredita la realidad de lo representado” (Freud, 1992 [1925h]: 255).

## **6. La imagen lingüística y su función en la afasia verbal**

Si dentro del campo de la patología del lenguaje hay trastornos afásicos que alteran fonéticamente el discurso y producen “lesiones del aparato bulbar eferente”, entonces ¿cuál es el referente teórico que une el trastorno lingüístico de la afasia verbal con las perturbaciones psíquicas?

Ese referente es la imagen lingüística. “La imagen lingüística no es el sonido material, cosa puramente física, sino su huella psíquica, la representación que de él nos da el testimonio de nuestros sonidos [...]” (1945: 128), expresa De Saussure.

La huella mnémica hace parte de los procesos psíquicos, los cuales implican un movimiento cuantitativo. Este movimiento es percibido a modo de imagen, es decir, como “imagen-movimiento”. Sin embargo, este tipo de imagen no es suficiente para explicar lo fundamental de dicho proceso, pues es necesario recurrir al tema de las impresiones sensoriales respecto de la cantidad de excitación (*Reiz*), que éstas le generan al sistema nervioso. En efecto, una fuerte o adecuada impresión de los órganos sensoriales, por parte de un elemento excitador, suscita la perturbación de ese sistema, hasta el punto de crear signos de cualidad, palabras.

¿Cuál es la clave para que esta perturbación se dé? Si se revisa concretamente el “Capítulo VI” del texto *La afasia* de Freud, se observa que los elementos sonoros son los más originales y poseen mayor valor dentro del tema de los órganos sensoriales por su asociación con el lenguaje.

Freud pone el acento en el asunto de dichos elementos y la palabra misma los contiene. Para Freud: “Desde el punto de vista psicológico, la palabra es la unidad funcional del lenguaje; es un concepto complejo constituido por elementos auditivos, visuales y cinestésicos” (1973 [1891]: 86).

En el “Esquema psicológico del concepto de la palabra”, que Freud propone en este mismo texto, aparecen enunciadas la “imagen sonora” y la “imagen cinestésica”. Ambas, que también forman parte de los procesos psíquicos, designan la sensación del movimiento que surge al interior del cuerpo y, por tanto, se transfieren constantemente al centro nervioso (aférente).

La cinestesia, que proviene del griego κίνησις (“movimiento”) and αἴσθησις (“sensación”), se ocupa de la sensación o percepción del movimiento. Sin embargo, este movimiento surge cuando las cantidades brutas afectan cualquier parte del organismo; y luego, la sensación, que se produce de tal afectación, se transfiere al sistema nervioso aférente, es decir, desde la periferia del organismo hacia el centro de las neuronas receptoras de energía.

La información captada o percibida por la periferia de ese sistema nervioso, que no es más que un contenedor lleno de formas y modos de acción de la materia, se da gracias a las impresiones que efectúan las vibraciones acústicas sobre los órganos sensoriales. Esto demuestra que los elementos acústicos, en tanto material sensorial y representantes de las cantidades de excitación (*Reiz*), son la fuente de las sensaciones.

Por lo tanto, las asociaciones lingüísticas designan el paso de lo cuantitativo a lo cualitativo del psiquismo, es decir, la transferencia de las cantidades de excitación nerviosa a la consciencia. Mediante esta labor orgánica –que se presenta continua o periódicamente (rítmicamente)– se producen las cualidades sensibles, los predicados. Así pues, los procesos psíquicos –que se fundan en la excitación sensorial, lo orgánico del individuo– vendrían a configurar lo que se denominaría la

concepción metafisiológica freudiana. Y los asuntos de las imágenes acústica y sonora, que forman parte del tema de la afasia verbal, serían un elemento constitutivo de dicho concepto.

## II. LO CUALITATIVO COMO *CARÁCTER TEMPORAL* DEL APARATO PSÍQUICO

El ritmo (del griego *ῥυθμός* [*rhythmós*]) es un término que hace parte de los atomistas, Demócrito y Leucipo. Si bien su etimología es insegura, alude a la pausa, la “forma” en la que se limita el movimiento del átomo.

[...] Quizás basta, para comprender el significado de *rhythmós*, pensar que la palabra fue elegida por Demócrito, o por Leucipo, para designar la configuración propia y distintiva de cada átomo, que, en tanto {sic} carácter constante, marca hitos en el movimiento local al cual están sujetos. La forma es lo que mantiene al átomo en sus límites, impidiéndole ser alterado en su movimiento por el vacío. (Poratti et al., 1980: 198).

De otro lado, el ritmo (del alemán *Rhythmus*), con relación a los aspectos del placer-displacer, se presenta en la obra de Nietzsche, como un término que *intenta* definir el placer a través del displacer:

La normal insatisfacción de nuestros instintos, por ejemplo, del hambre, del instinto sexual, del instinto de movimiento, no contiene en sí nada de deprimente; irrita, en realidad, el sentimiento de la vida, como todo ritmo de pequeños estímulos dolorosos refuerza aquel sentimiento, digan lo que quieran los pesimistas. Dicha insatisfacción, lejos de entristecerse con la vida, es su gran estimulante. — En general, podría quizá definirse el placer como un ritmo de pequeños estímulos de displacer. (1981 [1901]: 381).

Por su parte, el tema del ritmo, a propósito de las cuestiones del placer-displacer y del factor cualitativo, fue un tema que inquietó a Freud, pero no lo desarrolló a

cabalidad, pues en varios de sus trabajos lo dejó a modo de *probabilidad*, entre ellos en el trabajo de *El problema económico del masoquismo*:

[...] Placer y displacer no pueden ser referidos al aumento o la disminución de una cantidad, que llamamos «tensión de estímulo», si bien es evidente que tienen mucho que ver con este factor. Parecieran no depender de este factor cuantitativo, sino de un carácter de él, que sólo podemos calificar de cualitativo. Estaríamos mucho más adelantados en la psicología si supiésemos indicar este carácter cualitativo. Quizá sea el ritmo, el ciclo temporal de las alteraciones, subidas y caídas de la cantidad de estímulo; no lo sabemos. (1992 [1924c]: 166).

Freud también habla del tema del ritmo (período o ciclo temporal) en algunos pasajes como en el *Proyecto de una psicología para neurólogos*, *Más allá del principio de placer*, *La negación*, *Nota sobre la 'pizarra mágica'* y *Esquema del psicoanálisis*.

¿Será que las cuestiones de lo cuantitativo y lo cualitativo, en relación con el tema del ritmo, el período, pueden ser la base de la actividad consciente, actividad soportada en la vivencia (*Erlebnis*) de satisfacción (placentera) o insatisfacción (displacentera o dolorosa), en cuanto “estimulante” o “excitadora” del aparato psíquico? Y ¿qué aportes nos darán los pares conceptuales: aumento-disminución y estabilidad-inestabilidad en relación con los asuntos de la descarga y del período?

Todas estas inquietudes, que guiarán el decurso del presente texto, refieren una parte de los contenidos del sistema de la consciencia, pues Freud, en 1920, formula que: “Nuestra consciencia nos transmite desde adentro no sólo las sensaciones de placer y displacer, sino también las de una peculiar tensión que, a su vez, puede ser placentera o displacentera” (1992 [1920g]: 61).

Esa tensión, que se presenta dentro del aparato psíquico, se da en una relación secuencial con la descarga. Sin embargo, “lo que cuenta, no es quizás la cualidad del aparato sensorial de este órgano sino el ‘tiempo’ según el cual se

desarrolla esta secuencia, y la relación entre la intensidad de la tensión y de la rapidez de la descarga” (Widlöcher, 1971: 3).

La descarga correspondería con la modificación o exigencia orgánica interna que se genera gracias a la excitabilidad de la parte del cuerpo que recibe el estímulo. Esto implica que algunos estímulos, dependiendo de la excitabilidad celular, serán más o menos excitadores.

## 1. Estímulos exógenos y excitaciones endógenas

Freud, en su texto: *Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de «neurosis de angustia»*, formula lo siguiente: “[...] la excitación exógena actúa como un golpe único, y la endógena como una fuerza constante” (1991, [1895b {1894}]: 112). Ante tal formulación, Strachey, a modo de pie de página, propone que: “Esto mismo fue enunciado por Freud veinte años más tarde, con palabras casi idénticas —salvo que en vez de «excitación exógena» empleó «estímulo», y en vez de «excitación endógena», «pulsión»—, en «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915c), AE, 14. pág. 114” (Cfr. 1991, [1895b {1894}]: 112).

Con base en lo anterior, es necesario precisar que la energía (Q), que proviene del mundo exterior, se denomina “estímulo exógeno” (*Außenreiz*). Este estímulo es una fuerza que actúa periódicamente, con una cierta duración; es momentánea, pues “[...] opera de un solo golpe (Freud, 1992 [1915c]: 114); además, rige la vida orgánica.

Tal estímulo, al ser un agente físico, afecta directamente el organismo, pues su característica principal es producir la excitabilidad celular, es decir, necesita del contacto físico y de una acción adecuada para luego realizar su descarga.

A propósito del tema de la descarga, Freud, a finales de noviembre de 1892, formula la siguiente tesis: “El sistema nervioso se afana por mantener constante dentro de sus constelaciones funcionales algo que se podría denominar la «suma de excitación», y realiza esta condición de la salud en la medida en que tramita por vía asociativa todo sensible aumento de excitación o lo descarga mediante una

reacción motriz correspondiente” (1992 {1893 (1940/41 [1892])}: 190). Tal formulación no tendrá muchas modificaciones a lo largo de la historia del pensamiento freudiano.

El estímulo exógeno tiene como principal característica: ser un proceso autónomo que se da al interior del organismo, cuyo interés radica en buscar siempre la adecuada adaptación mediante la participación de otros objetos exteriores y/o necesarios. Es decir, la cantidad (Q) del objeto real, o mejor, la cantidad de la forma material del objeto real tiende a llegar a cero, con el concurso de otros objetos.

Esa es su meta: debe alcanzar la adaptación para reducir la excitación interna. Una adaptación que se resuelve por la vía de la fuga motriz. Al respecto, Lacan dice:

A la motricidad le corresponde en último término la función de reglar para el organismo el nivel de tensión soportable, homeostática. Pero la homeostasis del aparato nervioso, lugar de una regulación autónoma, es distinta, con toda la discordancia que puede esto entrañar para la homeostasis general, por ejemplo, la que pone en juego el equilibrio de los humores. El equilibrio de los humores interviene, pero como orden de estimulación proveniente del interior. Es realmente así como se expresa Freud –hay estímulos que provienen del interior del organismo nervioso y a los que compara con los estímulos externos. (2003 [1964]: 75).

Si esa fuga está antecedida por una irritación interna ocasionada por un estímulo exógeno, como por ejemplo una quemadura, entonces se produciría un grito, un llanto, entre otras acciones específicas.

La acción que cumple la fuga motriz da cuenta de que el mecanismo psíquico propio del *Real-Ich*, luego de haber sido estimulado desde el exterior, obtiene su fin: la descarga, mediante el sistema regular del yo (*Real-Ich*).

Freud plantea en su *Proyecto* que el Yo es una red de neuronas que tiene como función regular el estímulo de sensaciones que provienen de afuera del cuerpo y de sensaciones surgidas del interior del aparato psíquico. Además, el Yo tiene una función inhibitoria en el sistema de percepción y de descarga de estímulos.

En este proceso psíquico primario es importante la dirección de los vectores, pues ellos van de afuera hacia afuera, lo cual, que si es asumido desde la perspectiva de una tónica del Yo, a partir de sus fronteras, hay un excluido del Yo, que sigue siendo interno, interno alojado en lo inconsciente o en el cuerpo que produce dolor.

Hablar del afuera-afuera dentro del aparato psíquico es designar lo que Lacan nombra en su texto *La ética del psicoanálisis* como un “interior excluido”. “Se trata de ese interior excluido que, para retomar los términos mismos del *Entwurf*, está de este modo excluido en el interior. ¿En el interior de qué? De algo que se articula, muy precisamente en ese momento, como el *Real-Ich* que quiere decir entonces lo real último de la organización psíquica, real concebido hipotético, en el sentido en que es supuesto necesariamente *Lust-Ich*” (2003 [1964]: 126).

Es necesario tener presente que cuando se habla de *desde afuera hacia afuera* se alude a que el afuera se encuentra dentro del propio aparato psíquico. Solo que la cuestión del estímulo es la que establece la diferencia, ya que el estímulo “[...] puede no sólo ser de naturaleza externa. Como lo dijo nuevamente Freud, el propio cuerpo puede reemplazar al mundo exterior en tanto origen del estímulo. De esta manera, el *Proyecto* de Freud es considerado –tal como lo enuncia Lacan– como una ‘teoría de un aparato neuronal, respecto al cual el organismo permanece exterior, al igual que el mundo externo’” (Ansermet & Magistretti, 2006: 146-147).

Por su parte, la energía del mundo interior se enuncia como “excitación endógena” (*endogene Reiz*), Qñ. Este tipo de fuerza, que Freud comenzó a mencionar ampliamente en el año de 1905 (fecha en la que publica *Tres ensayos sobre teoría sexual*), es lo que para la época de 1915 se concretizó teóricamente con el nombre de “pulsión”. Lo que diferencia esta fuerza del estímulo exógeno es su carácter constante y su modalidad funcional dentro del sistema neuronal.

La excitación endógena presentifica la cantidad que viene del interior del organismo. Sin embargo, y aquí está el gran aporte de Freud, la dirección de los vectores de la cantidad van de adentro hacia adentro, lo cual significa que a la hora de hablar de estímulos se alude a que estos son diferentes para el mecanismo

psíquico, ya que su propia meta es no ser autónoma, es decir, no se resuelve por la vía concreta de la adaptación, como sí sucede en la acción exógena. Así pues, a la acción endógena se le define como una acción no autónoma, en el sentido en el que su cantidad, al no descargarse del todo, queda como un resto, un resto que produce insatisfacción.

Ahora bien, siempre queda una parte de la cantidad como una fuerza constante que necesita ser descargada. Sólo se produce la debida descarga cuando se da una transformación adecuada de la fuente del estímulo interno, lo cual comporta un alivio parcial.

Por lo tanto, ambas fuerzas: los estímulos exógenos y las excitaciones endógenas, desde el punto de vista funcional, no son iguales: la primera fuerza opera por intervalos, períodos de tiempo; y la segunda –que representa la *Nervenreiz*- obra repetitivamente dentro del aparato psíquico.

## **2. El aparato psíquico y el sistema percepción**

Si bien el aparato psíquico percibe, contiene, domina, liga, tramita y transfiere las excitaciones internas y los estímulos externos, hasta lograr estabilizarlos, se fundamenta en dos temas: el movimiento y la materia.

El tema del movimiento, que designa la concepción cuantitativa, el estado de reposo de una cantidad, comporta la ley de inercia neuronal. Esta ley refiere la conceptualización biológica, es decir, es un mecanismo activo en los seres vivos que está establecido como algo invariable y rígido, donde dichos seres siempre van en una misma dirección. Esto significa que la materia, al estar regida por la inercia y el desarrollo orgánico, en ningún momento puede retornar a un estado anterior, pues se encuentra en constante evolución.

Aquella ley de movimiento está en estrecha relación con el tema de la “Q”, puesto que dicha ley propone que las neuronas, las eferentes, procuran aliviarse de la cantidad por medio del mecanismo de descarga; y aquella Q en tanto energía del sistema nervioso es susceptible de aumento, disminución, sustitución, conversión, desplazamiento, transferencia y descarga. Por lo tanto, Q tiene el movimiento

fluyente de las cantidades neuronales por principio. Esto es precisamente lo que Freud denomina como principio de constancia, en tanto que su tendencia es la estabilización del aparato psíquico.

Por su parte, la Q tiene dos estados: por un lado, el estado móvil. Este es un estado donde Q recorre una neurona o pasa de una de ellas a otra, es decir, el flujo inter e intraneuronal es constante; y por el otro, el estado ligado. Este estado es representado por "Qñ" y es derivada de la anterior Q. La Qñ designa un caso particular, ya que es menos motora y más sensible que la primera Q en tanto que no recorre ni pasa, sino que invierte una neurona a través de la transferencia de cantidades de excitación.

La acción de invertir una neurona se origina de las excitaciones internas. Dicho de otro modo, el sistema nervioso aferente es afectado por formas de la excitación endógena, por elementos orgánicos, que se dirigen hacia el núcleo de las neuronas receptoras de energía.

El producto de tal acción posee un carácter inhibitorio, lo cual significa que se resigna la tendencia originaria a la inercia, vale decir, se modifica el estado fluyente de Q hasta el punto de volverlo estático dentro de la misma neurona. Así, pues, esta influencia, al estar conectada con una Q que proviene del interior, del organismo celular, permite que la neurona se llene con una cierta cantidad de energía. Por tanto, la neurona, a través de la transferencia de energía o cantidades, queda sobreinvertida o sobreexcitada y no alcanza inmediatamente su descarga total: el nivel cero. Ahí siempre queda una parte de la cantidad como una fuerza constante que necesita ser descargada. Este es precisamente el caso de la cantidad endógena, Qñ o energía ligada.

El segundo punto medular, el de la materia, está conectado directamente con la teoría de las neuronas, puesto que Freud considera la "Q" como algo material. En este segundo punto se combina aquella teoría con el caso de la "Qñ". Esta cantidad endógena es retenedora de energía y no se adecúa fácilmente a las condiciones del mundo interior, del organismo vivo, pues la urgencia de la vida tiene un alto nivel de exigencia hasta el punto de hacer resignar la tendencia de la inercia neuronal: llegar a cero.

Si bien dentro del sistema de neuronas, éstas son morfológicamente idénticas, su función es distinta, pues unas tienen como su característica primordial ser motoras, y otras ser sensibles. Esto no significa que las motoras no sean sensibles; y viceversa. Dicho de otro modo, la cuestión no radica en que las neuronas se distingan por su forma, sino por su función: unas se diferencian por su movilidad, y las otras por su sensibilidad.

La movilidad y la sensibilidad son dos funciones del sistema neuronal, que constituyen el sistema  $\Phi$ ,  $\Psi$  y  $\omega$ , el aparato psíquico, pero ¿qué relación tienen los estímulos exógenos y las excitaciones endógenas con dicho aparato?

En 1895, el aparato psíquico, según Freud, era un sistema ( $\Phi$ ,  $\Psi$  y  $\omega$ ) fundamentado en la percepción de estímulos exógenos (*Außenreizen*) y excitaciones endógenas (*endogenen Reizen*).

El sistema  $\Phi$  (Fi) es un grupo de neuronas donde se recogen los estímulos exógenos (Q), y el sistema  $\Psi$  (Psi) donde se acopian las excitaciones endógenas ( $Q\dot{r}$ ), es decir, donde se libran las tensiones internas. Pero, ¿en qué consiste el tercer sistema de neuronas: el  $\omega$  (Omega)? Este sistema designa las neuronas que cumplen la función de ser órganos de percepción.

Las grandes cantidades de energía provienen del mundo exterior. En éste hay Q brutos que se encuentran en movimiento, sin embargo, por medio de los órganos de percepción se logran filtrar pequeños segmentos de aquellas cantidades (Q). Esto se produce a partir del sistema  $\Psi$  en la medida en que éste recibe y almacena Q de las neuronas  $\Phi$ , es decir, estas neuronas, que tienen relación con la periferia externa del organismo, se encargan de recoger los estímulos del mundo exterior. Luego, estos estímulos pasan a almacenarse en el conjunto de neuronas  $\Psi$ , a las neuronas que se hallan dentro del aparato psíquico. Así, de modo indirecto, es como el sistema  $\Psi$  tiene conexión con el mundo exterior. Por tanto, esa conexión neuronal  $\Psi$ , que facilita la transferencia de pequeñas cantidades de energía al sistema  $\omega$ , posibilita crear sensaciones conscientes hasta el punto de otorgarle cualidades a los distintos fragmentos de dicho mundo.

Ese proceso, que comporta el aspecto cualitativo, se da en virtud de la percepción que realizan los órganos sensoriales. "Es característico de tales órganos

el procesar sólo cantidades muy pequeñas del estímulo externo: toman sólo pizquitas del mundo exterior; quizá se los podría comparar con unas antenas que tantearan el mundo exterior y se retiraran de él cada vez” (1992 [1920g]: 27-28), expresa Freud en *Más allá del principio de placer*.

La transferencia de cantidades de excitación, en términos particulares, se da de una neurona a otra o dentro de ellas mismas; en términos generales, se presenta entre los sistemas  $\Phi$ ,  $\Psi$  y  $\omega$  o al interior de los mismos. Pero, eso no es suficiente para que el aparato psíquico, que es un sistema cualitativo con bases cuantitativas, cumpla a cabalidad con su función, pues también posee un “carácter temporal” al que Freud denomina como “período”.

### 3. El período y lo cuantitativo

Desde el punto de vista del aparato psíquico, los órganos sensoriales son la clave para poder diferenciar los movimientos del mundo interior y exterior.

Al aumentar la importancia de la realidad exterior cobró relieve también la de los órganos sensoriales dirigidos a ese mundo exterior y de la *conciencia* acoplada a ellos, que, además de las cualidades de placer y displacer (las únicas que le interesaban hasta entonces), aprendió a capturar las cualidades sensoriales. Se instituyó una función particular, la *atención*, que iría a explorar periódicamente el mundo exterior a fin de que sus datos ya fueran consabidos antes que se instalase una necesidad interior inaplazable. Esta actividad sale al paso de las impresiones sensoriales en lugar de aguardar su emergencia. Es probable que simultáneamente se introdujese un sistema de *registro* que depositaría los resultados de esta actividad periódica de la conciencia — una parte de lo que llamamos *memoria*—. (Freud, 1991 [1911b]: 225).

La concepción de los órganos sensoriales, además de las cuestiones de la conciencia, la atención y la memoria, permite ingresar el tema del período como

un elemento que determina en gran medida la distinción existente entre los movimientos del mundo interior y exterior, es decir, los movimientos neuronales y los de masas. Al respecto, Freud asevera:

¿A qué se deben las diferencias del *período*? Todo apunta a los órganos de los sentidos, cuyas cualidades deben de estar constituidas justamente por períodos diferentes de movimiento neuronal. Los órganos de los sentidos no sólo actúan como pantallas de Q, igual que todos los aparatos nerviosos terminales, sino también como *filtros*, pues sólo dejan pasar un estímulo de ciertos procesos con período definido. Es probable que trasfieran luego sobre  $\Phi$  esta condición de diferente, comunicando al movimiento neuronal períodos diferentes de alguna manera análogos (energía específica); y estas modificaciones son las que se continúan por  $\Phi$  pasando por  $\Psi$ , hacia  $\omega$ , y allí, donde están casi exentas de cantidad, producen sensaciones conscientes de cualidades. (1992 [1950a {1895}]: 354-355).

En efecto, la sensación consciente se produce en el sistema percepción ( $\omega$ ). En este sistema se presenta un período de tiempo específico, pues éste comporta un carácter cualitativo que, al llegar al sistema  $\omega$  mediante la transferencia de cantidades de excitación, se convierte en cualidad.

En correspondencia con los sistemas  $\Phi$ ,  $\Psi$  y  $\omega$ , Freud expresa lo siguiente: “Nos basta con que haya establecida una secuencia fija entre ellos, vale decir, que a raíz de ciertos procesos psíquicos los sistemas sean recorridos por la excitación dentro de una determinada serie *temporal*” (1991 {1900a [1899]}: 530). Así pues, se establece una estrecha relación entre el aspecto temporal o del período,<sup>3</sup> la excitación y aquellos sistemas psíquicos.

Las sensaciones de placer y displacer son partes constitutivas del contenido del sistema percepción. La descarga es la función principal de este sistema neuronal en cuanto tal. Pero, ¿qué sucede cuando no se produce esa función principal? Pues

---

<sup>3</sup> La *serie temporal* alude a que la excitación recorre periódicamente los sistemas  $\Phi$ ,  $\Psi$  y  $\omega$ .

bien, ese sistema tiene como función secundaria una marcada tendencia a huir del dolor.

El dolor implica un fracaso del sistema neuronal, puesto que aquél, al atacar específicamente los sistemas pasaderos e impasaderos, irrumpe con grandes  $Q$ ,  $Q$  brutas, sobre los órganos sensoriales y el discurrir normal del sistema nervioso aferente. Aquí, la tensión es tan alta que las  $Q$  propias del dolor se transfieren a través de todas las vías de conducción sin ningún tipo de obstáculo.

Freud contrasta esa función secundaria: la tendencia a huir del dolor con la vida psíquica, en cuanto ésta tiende a evitar el displacer y a procurar el placer. Es más, él mismo está tentado a comparar la vida psíquica con la tendencia de la ley de inercia neuronal, con la descarga. De este modo, “[...] displacer se coordinaría con una elevación del nivel  $Q\dot{\eta}$  o un acrecentamiento cuantitativo de presión; sería la sensación  $\omega$  frente a un acrecentamiento de  $Q\dot{\eta}$  en  $\Psi$ . Placer sería la sensación de descarga” (Freud, 1992 [1950a {1895}]: 356).

El aparato psíquico comporta el principio de constancia. Dicho principio subsume parcialmente un “afán” de descarga que le es inherente a todo sistema nervioso, pues aquel representa la tendencia a mantener constante la estabilidad de las cantidades de excitación de éste. Pero ¿qué es lo que hace que el afán sea clave o tenga primacía dentro del funcionamiento del sistema nervioso? En primera instancia, esto significa que el afán del aparato psíquico designa el punto de vista cuantitativo. En efecto, el afán no es más que corresponder con la exigencia de tal aparato: ahorrar el mayor número posible de energía, que le permita su homeostasis.

En síntesis, el aparato psíquico, que se soporta en el afán originario: el que es propiamente del sistema nervioso, tiene como función principal la conservación de su equilibrio por medio de la tendencia a la descarga de cantidades de excitación.

#### **4. Lo cualitativo**

Si bien el placer y el displacer se refieren al movimiento de cantidades de excitación presentes en la vida psíquica, entonces, ¿cuál es la novedad que ingresa la

concepción temporal, el ritmo, en el tema del placer-displacer? La novedad es el aspecto cualitativo. Esto se da del siguiente modo: con respecto a la cantidad de excitación, el placer comporta una disminución; y el displacer un aumento de la misma.

Freud, en su texto *Más allá del principio de placer*, ya no habla concretamente en términos de descarga y aumento respecto a la cuestión de placer-displacer, sino que le da mayor peso a los términos de estabilidad e inestabilidad con relación a la misma cuestión.

Nos hemos resuelto a referir placer y displacer a la cantidad de excitación presente en la vida anímica —y no ligada de ningún modo—, así: el displacer a una reducción de ella. No tenemos en mente una relación simple entre la intensidad de tales sensaciones y esas alteraciones a que las referimos; menos aún —según lo enseñan todas las experiencias de la psicofisiología—, una proporcionalidad directa; el factor decisivo respecto de la sensación es, probablemente, la medida del incremento o reducción en un período de tiempo. Es posible que la experimentación pueda aportar algo en este punto, pero para nosotros, los analistas, no es aconsejable adentrarnos más en este problema hasta que observaciones bien precisas puedan servirnos de guía. (Freud, 1992 [1920g]: 7-8).

En efecto, para la época de 1920, la concepción freudiana del aparato psíquico tiene específicamente sus bases en la estabilidad y la inestabilidad. La estabilidad comporta el placer, y la inestabilidad el displacer. En términos psicofísicos, el movimiento de la cantidad de excitación que está del lado del placer indica la aproximación a la estabilidad plena, la descarga; y el movimiento que se halla del lado del displacer apunta a la desviación de la estabilidad, al incremento de la carga. (1992 [1920g]: 61).

Es necesario destacar que Freud, en *El problema económico del masoquismo* (Cfr. p. 166), hace la salvedad sobre el tema de la disminución y del

aumento de las cantidades de excitación propias del aparato psíquico, puesto que lo fundamental, según él, es el “carácter cualitativo”: éste es precisamente una expresión de la “tensión de estímulo”.

En efecto, el yo “en su actividad es guiado por las noticias de las tensiones de estímulo presentes o registradas dentro de él: su elevación es sentida en general como un displacer, y su rebajamiento, como placer. No obstante, es probable que lo sentido como placer y displacer no sean las alturas absolutas de esta tensión de estímulo, sino algo en el ritmo de su alteración” (Freud, 1991 [1940a {1938}]: 144).

Placer y displacer son afectaciones o estimulaciones que se producen, en el sistema percepción-conciencia del aparato psíquico. Además, son manifestaciones rítmicas de las cantidades de excitación, que se generan en dicho sistema.

Por lo tanto, el orden temporal, en la disminución y el aumento de las cantidades de excitaciones o tensiones de estímulo, constituye el factor cualitativo que determina cómo se presentan dichas cantidades en el sistema percepción. Así, pues, el placer y el displacer son modos de nombrar las cantidades de excitación que se manifiestan rítmicamente en el aparato psíquico.

### III. LA REIZ Y LA TRANSFERENCIA (*ÜBERTRAGUNG*) SENSORIAL, FUNDAMENTOS DE LA IMAGEN ACÚSTICA

Antes de comenzar, es necesario hacer una serie de aclaraciones de carácter idiomático. Por un lado, *Reiz*, en el idioma alemán, es un sustantivo masculino, por lo cual debería ser traducido al español como “estímulo”. Sin embargo, para continuar con su sentido es menester hablar de *Reiz* en términos femeninos, esto es, la *Reiz*. Por tanto, dicha palabra irá acompañada del artículo “la”, para designar “la excitación” y así expresar la significación requerida en el presente trabajo. Por otro lado, para tener una traducción más certera y adecuada de la palabra *Übertragung* se debe proponer el término “transferencia”, ya que éste no alude única y exclusivamente a un mero desplazamiento, a un cambio de sitio o a poner una cosa en un lugar distinto al de su procedencia, sino a las consecuencias que representa el cambio mismo. Esto significa que el cambio es un medio, en tanto que es a través de él que se alcanza una meta específica.

El término “transferencia” (*Übertragung*) no pone el acento en la forma, sino en el movimiento del contenido. Y ¿de qué modo se da esto? Pues bien, para dar cuenta de ese modo se debe partir del verbo bipartito: “transferir”, ya que éste, al estar conformado por el prefijo “trans” y la raíz “ferir”,<sup>4</sup> aporta la idea de llevar algo ‘al otro lado’ o ‘a través de’ con el resultado de una afectación, una impresión, es decir, la actividad de ‘llevar hacia’ o ‘en medio de’ procura un estímulo, una emoción, un padecimiento, un daño, una herida.<sup>5</sup> Por tanto, el modo en que se presenta la

---

<sup>4</sup> Cfr. la definición que brinda la Real Academia Española (RAE) de la Lengua, donde el verbo “ferir” designa los verbos “herir” y “aferir”.

<sup>5</sup> Las lenguas romances tienen su filiación con las lenguas indoeuropeas. Aquéllas, como por ejemplo: la italiana, la portuguesa, tienen vínculos con el verbo latino *ferire*, que en español se designa como “herir”. Por su parte, en la lengua alemana, que hace parte de las lenguas indoeuropeas, se hallan los verbos *schlagen*, *treffen* y *töten* (en su orden, “batir”, “golpear” y “matar a”). Estos tres verbos, al ser representantes del mencionado verbo *ferire*, dejan ver la relación que hay entre este verbo latino, el verbo “herir” propio de la lengua española y la lengua alemana.

En el verbo “herir” (del latín *ferire*) se concentra lo siguiente: la RAE presenta 17 definiciones de tal verbo. Entre ellas hay 4 ítems que llaman la atención: el número 8 (“Articular uno o varios fonemas”), el número 12 (“Impresionar uno de los sentidos, especialmente el del oído”), el número 13 (“Causar impresión en el ánimo o en alguna facultad anímica, como la fantasía, la atención, etc.”) y el número 14 (“Mover o excitar en el ánimo alguna pasión o sentimiento, frecuentemente doloroso; afligir, atormentar el ánimo”). En consecuencia, se deben precisar las diferencias que existen en el verbo “herir” a la luz del verbo bipartito “transferir”.

transferencia expresa un movimiento de sensaciones y excitaciones, que ocasiona una perturbación del estado anímico del individuo.

## 1. El átomo y la *Reiz* como conceptos simples

Para los atomistas, Demócrito y Leucipo, el átomo es el elemento primordial para explicar la composición de lo corpóreo, la materia. Si bien él se traduce como “indivisible”, no es más que una forma que se le hace visible al intelecto, para su comprensión conceptual.

El átomo, al igual que el vacío, no es más que un concepto simple dentro del campo teórico de los atomistas, porque tal y como sostiene Hegel respecto al *ser en sí* de la concepción atomística de la naturaleza, “[...] es decir, que el pensamiento se encuentra a sí mismo en ella, o, lo que es lo mismo, que su esencia es en sí algo pensado; y esto es lo gozoso para el concepto: el concebirla a ella misma, el establecerla como tal concepto. En las sustancias abstractas, la naturaleza lleva el fundamento en sí misma, es, simplemente, algo para sí; el átomo y el vacío no son sino esos conceptos simples” (1979: 280).

Por su parte, *Reiz* no es más que un *concepto simple*, un aspecto formal o una palabra-concepto, que sirve para establecer unos principios básicos que luego cumplirán una función dentro de una concepción general: la metafisiología freudiana.

*Reiz*, que es traducido por algunos traductores de Schopenhauer, Freud y Nietzsche como excitación, estímulo, irritación, está a la base del sistema nervioso, pues su naturaleza radica en ser la fuerza que determina todo organismo vivo. En eso se caracteriza el poder orgánico de ella. Un poder que se expresa de varios modos: metabiológico, psicofisiológico, metanaturalista, psico-orgánico, pero que no tiene concretamente una explicación física que lo fije teóricamente como un concepto fundamental dentro de una disciplina específica (la química, la biología, la fisiología, entre otras).

*Reiz*, que es una palabra-concepto que opera como fundamento de la metafisiología, se sustenta en un naturalismo y refiere la palabra ‘instinto’, pues éste

“[...] es la voz imperiosa del organismo como realidad *sui generis*” (1984: 88), aporta Assoun.

Freud, a propósito de la diferencia de algo «ominoso» dentro de lo angustioso, dice que “[...] es lícito esperar que una palabra-concepto particular contenga un núcleo que justifique su empleo” (1992 [1919h]: 219). Si esto se asume desde una perspectiva epistemológica puesta en correspondencia con el propósito del presente texto, entonces es necesario conocer el núcleo de *Reiz*, para poder distinguirlo de la palabra ‘instinto’ y luego explicar aquél a partir de ésta como fundamento de la concepción metafisiológica.

Pues bien, dentro de esta concepción, el instinto no es la *tendencia hacia*, sino el fundamento natural de ella, pues la Real Academia Española de la lengua (versión en línea), en una de las acepciones (la 9) de la definición del verbo ‘tender’ (como verbo intransitivo), expone lo siguiente: “Dirigirse de manera natural hacia algo”. Y como ejemplo de esto propone: “Las temperaturas tienden a subir”, lo cual significa que, tal y como sucede generalmente con ese tipo de verbos, con los intransitivos, se designan términos meteorológicos, funciones orgánicas, estados físicos y anímicos y procesos involuntarios. Por lo tanto, el término ‘instinto’ refiere el impulso o movimiento natural, es decir, un proceso o una fuerza orgánica carente de motivo o voluntad.

Cabe destacar la definición que Jean Laplanche y Jean Bertrand Pontalis presentan respecto al término freudiano de ‘instinto’ (*Instinkt*), en su *Diccionario de psicoanálisis*: “Por lo demás, se observará que Freud utiliza en varias ocasiones el término *Instinkt* en sentido clásico (véase definición A), hablando de «instinto de los animales», de «conocimiento instintivo de peligros» (1), etcétera” (2004 [1967]: 198). La definición ‘A’ es: “Clásicamente, esquema de comportamiento heredado, propio de una especie animal, que varía poco de uno a otro individuo, se desarrolla según una secuencia temporal poco susceptible de perturbarse y que parece responder a una finalidad” (Ibíd.).

## 2. Memoria orgánica e inconsciente, un lenguaje psico-fisiológico

Una clara muestra de lo que proponen Laplanche y Pontalis frente a la cuestión del instinto en la obra freudiana, se observa en el “Apéndice A. Freud y Ewald Hering” del texto: *Lo inconsciente* (1915), donde Freud se ocupa de Hering, para comentarlo y luego transformar teóricamente sus propuestas, esto es, pasar del tema de la memoria orgánica a la concepción de lo inconsciente.

El “Apéndice A” del texto *Lo inconsciente* tiene como contenido principal un comentario que Freud –a modo de nota al pie- le añadió a un capítulo de la versión alemana de la obra de Israel Levine: *The Unconscious (El inconsciente [1923])*. Dentro de esta obra se encuentra un capítulo que fue dedicado a un libro de Samuel Butler: *Unconscious Memory (Memoria inconsciente)*. En este libro, que Bluter publicó en 1880, hay una referencia a la conferencia que Ewald Hering (1834-1918) presentó en 1870 y que se tituló *Sobre la memoria como función universal de la materia organizada*. Pues bien, Freud, en 1926, se interesó por traducir del inglés al alemán la parte I, sección 13 de aquel capítulo de Levine, donde Butler cita la conferencia de Hering. Y de tal interés de Freud surgió el pasaje que aparece como “Apéndice A”, en *Lo inconsciente*.

Hering establece una estrecha relación entre las nociones de instinto, herencia y consciencia, pero las atraviesa por la función de la memoria orgánica.

Para abordar el tema de la memoria, Hering, en su conferencia, asume la vía de la especulación, pero sin dejar a un lado el camino de las ciencias naturales, como lo es específicamente el caso de la fisiología.

Hering pretende postular una dependencia recíproca entre la materia y la consciencia, para redefinir la función de la memoria desde el punto de vista orgánico. “Tenemos todo el derecho de extender nuestra concepción de la memoria de forma tal que ella abarque reproducciones involuntarias de sensaciones, ideas, percepciones y esfuerzos; pero hallamos que al obrar así hemos extendido tanto sus límites que ella demuestra ser un poder original y primordial, la fuente, a la vez

que el elemento unificador, de la totalidad de nuestra vida conciente” (Hering, 1870, como se citó en Butler, 2006 [1880]: 41).<sup>6</sup>

Para Hering, la vida orgánica –que está basada en sensaciones, percepciones, coordinaciones motoras, entre otras funciones- reside en la memoria, memoria que no sólo se fundamenta en lo vivido por un individuo, sino también en su carácter hereditario, en las experiencias, las ideas y los recuerdos de sus antepasados, donde se ponen en juego las nociones haeckelianas y lamarckianas que Freud compartía con Hering.

Esas nociones conjugan el tema del instinto (que se caracteriza como aquellas acciones o aquellos comportamientos que se repiten constantemente dentro de la historia de las especies y generaciones) y la concepción de la herencia. Al respecto, Hering asevera lo siguiente:

¿Qué es la herencia de peculiaridades especiales sino una reproducción, por parte de la materia organizada, de procesos de los cuales una vez formó parte en calidad de germen en los órganos (contenedores de gérmenes) de su padre (...)? ...cuando éste [el germen] se halla en una nueva esfera, para extenderse, y desarrollar una nueva criatura –(cuyas partes individuales son siempre la criatura misma [el progenitor] y carne de su carne, de modo que lo reproducido es el ser en compañía del cual el germen una vez vivió, y del cual de hecho era una parte)... (Hering, 1870, como se citó en Butler, 2006 [1880]: 46-47).<sup>7</sup>

Por su parte, la palabra ‘instinto’ (que designa lo cuantitativo de los procesos psíquicos) “[...] es, tomando sin embargo la palabra en el sentido fuerte, una *circunstancia* del sistema nervioso, a su vez descifrado con base en el modelo de la materia. Es, por cierto, la raíz del ‘impulso’ que mantiene toda actividad psíquica’ [...]” (Assoun, 1984: 88), todo proceso inconsciente.

---

<sup>6</sup> Esta referencia se encuentra en: VALLEJO, Mauro, Cárceles y linajes. Freud y la Memoria Orgánica de Ewald Hering. En: Revista Imago Agenda, Marzo 2009, no. 127. Disponible en: <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1038>.

<sup>7</sup> *Ibíd.*

Si para Freud la vida interior de un individuo designa la actividad anímica inconsciente, entonces, ¿será que la memoria orgánica que propone Hering como reproducción involuntaria de estados y como fuente y elemento unificador de la vida consciente es teóricamente similar a los procesos inconscientes formulados por Freud?

Ante tal pregunta, que responda Freud: “Cadenas como estas de procesos nerviosos materiales inconcientes, que culminan en un eslabón acompañado de percepción conciente, han sido designadas como series de representaciones inconcientes y razonamientos inconcientes, y esto puede justificarse también desde el punto de vista de la psicología” (1992 [1915e]: 202-203). Por lo tanto, aquella memoria orgánica (inconsciente) formulada por Hering, que se soporta en el lenguaje fisiológico, es un antecedente conceptual del asunto de lo inconsciente propuesto por Freud.

Este tipo de antecedentes teóricos no distan mucho de las consecuencias que postula Pierre Bruno con base en su análisis del texto de Freud: *Cerebro*, entonces: “[...] lo fisiológico y lo psíquico son dos niveles de realidad distintos, pero que, en el proceso de conocimiento, el lenguaje del primero puede y debe ser transpuesto al segundo. En otras palabras, lo psíquico no se ‘da’ sino en un ‘lenguaje fisiológico’” (1978 [1971]: 7).

Esta consideración de Bruno no está tan lejana de la concepción de Otto Marx, pues éste, en su artículo: *La historia de la base biológica del lenguaje*, propone que “Freud había mostrado que la mayor parte de la fisiología del lenguaje había consistido en la traducción de la psicología introspectiva en términos fisiológicos” (Lenneberg, 1981: 513).

### **3. *Nervenreiz* y pulsión, una herencia conceptual**

La excitación (*Reiz*) o, como se nombró anteriormente, el ‘impulso’ alude al lenguaje fisiológico. Éste está ligado básicamente al tema del organismo, al asunto de lo no patológico, lo normal; y lo psíquico, a lo metapsicológico, a lo somático, a la pulsión. Sin embargo, ambos aspectos tienen una característica en común: el

desplazamiento que se refleja en la función que cumple la excitación nerviosa (*Nervenreiz*), pues la pulsión es conceptualmente la heredera de dicha excitación.

La pulsión, en una de las definiciones freudianas, “[...] aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante *{Repräsentant}* psíquico, de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (1992 [1915c]: 117). Pues bien, esta definición freudiana de la pulsión se trae a colación para mostrar el tema de *Reiz* no tanto del lado de ‘lo anímico’, ‘lo somático’ o ‘lo corporal’, sino en el campo de ‘lo orgánico’.

*Reiz* está a la base de lo orgánico y su función se basa en la labor que realiza la transferencia: el desplazamiento constante o periódico de las cantidades de energía “entre” y “dentro” del sistema nervioso, que provienen de las impresiones sensoriales y de la estimulación de la periferia del organismo del individuo.

Por su parte, la cuestión del estímulo se demuestra con base en el propio Freud -Cfr. p. 112, (1895b [1894]): la energía, (Q), que proviene del mundo exterior, de las ‘imágenes movimiento’, como se dijo anteriormente, es llamada ‘estímulo exógeno’. Este estímulo es periódico, momentáneo y gobierna la vida orgánica. En cambio, la energía del mundo interior, que tiene fuertes vínculos con las ‘imágenes recuerdo’, se enuncia como ‘excitación endógena’, (Qñ).

Este tipo de fuerza, (Qñ), que Freud comenzó a mencionar ampliamente en el año de 1905, es lo que para la época de 1915 se concretizó teóricamente con el nombre de ‘pulsión’. Lo que diferencia esta fuerza (Qñ) de aquella otra (Q) es su carácter constante y su modalidad funcional dentro del aparato psíquico.

“Toda nuestra actividad psíquica parte de estímulos (internos o externos) y termina en inervaciones. Por eso asignamos al aparato un extremo sensorial y un extremo motor; en el extremo sensorial se encuentra un sistema que recibe las percepciones, y en el extremo motor, otro que abre las esclusas de la motilidad. El proceso psíquico transcurre, en general, desde el extremo de la percepción hacia el de la motilidad” (Freud, 1991 {1900a [1899]}: 530-531). Este transcurrir de un extremo sensorial –que le pertenece al sistema nervioso aferente– a otro motor, le

concierno al sistema nervioso eferente, en cuanto a que este conduce los impulsos o la cantidad de excitación desde el centro del sistema neuronal (aferente) hacia afuera, hacia la periferia del organismo, lo cual denota la tendencia a la descarga de energía a través de la vía motriz, a la *inervación*.

Jacques Lacan, como comentarista del *Entwurf* de Freud, dice en su *Seminario 11* lo siguiente:

El empuje, primero, es identificado con una simple y llana tendencia a la descarga. Esta tendencia es el producto de un estímulo, a saber, la transmisión de la parte admitida, a nivel del estímulo, del suplemento de energía, la famosa cantidad  $Q_n$  del *Entwurf*. Pero ocurre que sobre ello, y de entrada, Freud hace una observación de largo alcance. Sin duda, también hay estímulo, excitación, para usar el término que emplea Freud a estas alturas, *Reiz*, excitación. Pero el *Reiz* de la pulsión es distinto de cualquier estímulo que provenga del mundo externo, es un *Reiz* interno. (1992 [1964]: 171).

Desde el campo de la metafisiología, el '*Reiz* interno', el que actúa repetitivamente sólo obtiene su valor teórico como condición del organismo. "Toda fuerza natural auténtica, por tanto, realmente original, entre las cuales debe contarse toda cualidad química fundamental, es, esencialmente, *qualitas occulta*, es decir, no susceptible de explicación física, sino sólo de una explicación metafísica, esto es, *ultrafenomenal*" (1989 [1847 {1813}]: 83), propone Schopenhauer en su tesis doctoral *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*. A lo que se podría añadir un enunciado de Nietzsche: "Cuando se busque una explicación de la naturaleza y del hombre, que corresponda a nuestros estados anímicos más altos y más fuertes, no se encontrará sino una explicación metafísica" (1969 [1876-1877]: 516).

#### 4. Transferencia sensorial, una distinción conceptual y funcional

*Reiz* es una metáfora propia de lo orgánico y una unidad elemental que constituye la naturaleza del sistema nervioso; sistema en el que la transferencia está presente en cuanto a que su proceso siempre actúa (periódica o constantemente) al interior de dicho sistema.

Ese tipo de transferencia es sensorial, pues alude al movimiento de cantidades de excitación (*Reiz*), lo cual es diferente a la cuestión de la 'transferencia de sentimientos', como bien ocurre entre el médico y su paciente dentro del dispositivo analítico. Pues bien, el primer tipo de transferencia designa un fenómeno fisiológico, y el segundo un tema metapsicológico. Aquel comporta el instinto (lo cuantitativo), y este el afecto (lo cualitativo). Uno está ligado básicamente al organismo, y el otro a lo psíquico-somático: la pulsión. Sin embargo, ambos aspectos de la 'transferencia' tienen una característica común: el desplazamiento, como se dijo anteriormente, que se refleja en la función que cumple la excitación nerviosa (*Nervenreiz*).

El sistema nervioso, que es precisamente un mecanismo neuronal, tiene el proceso de la transferencia sensorial, la de *Reiz* como una de sus funciones esenciales. *Reiz*, como unidad mínima de todo organismo vivo, es exactamente el material orgánico que abastece cuantitativamente el sistema neuronal.

*Reiz* es la cantidad adecuada que se necesita para afectar el sistema nervioso. La afectación de este sistema es el resultado de la función ejecutada por aquella cantidad, lo cual suscita la excitación nerviosa (*Nervenreiz*) propia del centro neuronal receptor.

La función de *Nervenreiz* radica en que se desplaza y se propaga por todo el sistema nervioso aferente, desde los órganos sensoriales hasta el núcleo de las neuronas receptoras de energía, lo cual constituye las huellas mnémicas. (Este tema se ampliará en el capítulo *IV*, con base en la distinción entre las huellas duraderas y fugaces).

En esa función de las cantidades de excitación hay elementos sensoriales: acústicos, cinestésicos y visuales que son transferidos a la consciencia; y que luego

del mecanismo de transformación, devienen sensaciones conscientes de cualidades.

La transferencia de la excitación nerviosa (*Nervenreiz*), dentro del aparato psíquico, implica un movimiento neuronal. El periodo de este movimiento “[...] es el fundamento de la consciencia”, aduce Freud (1992 [1950a {1895}]: 354). Pues mediante ese movimiento se configuran las sensaciones conscientes de cualidades. Dicho de otro modo, los elementos sensoriales: acústicos, cinestésicos y visuales se transforman en cualidades sensibles a través del movimiento periódico, con el que es afectado el sistema nervioso.

## 5. La imagen sensible (*Versinnlichung*) y las ideas materiales

El carácter temporal, que alude a los movimientos periódicos del sistema nervioso, comprende elementos vibratorios, que equivalen al movimiento que suscita la *idea de la forma* o la *imagen sensible* (*Versinnlichung*) de la cual habla Freud hacia el final de su texto *Nota sobre la ‘pizarra mágica’*.

La imagen sensible, que hace referencia a la imagen-movimiento del objeto material, produce las *ideas materiales*, pues, por un lado, “[...] la pura materia no se puede intuir, sino sólo pensar: es lo añadido por el pensamiento a toda realidad como su fundamento” (Schopenhauer, 1989 [1847]: 131); y por el otro, solo se obtiene del mundo de las cosas materiales su representación, forma, imagen, idea.

Las *ideas materiales* son lo más cercano que el individuo puede estar del objeto, o mejor, es la experiencia más consciente que el individuo puede realizar a la hora de percibir una parte de la materia, la sustancia viva: la excitación nerviosa, lo cual se denomina la *forma material de la cantidad*.

La *forma material de la cantidad* o la *idea de la forma* es el modo en que, al ser cuantificable mediante los órganos sensoriales, al resolverse a través de la experiencia sensible y la excitación nerviosa, se constituye la realidad psíquica del individuo.

La afectación, o mejor, la estimulación del sistema nervioso se da en virtud de *Reiz*. En el último párrafo de la *Introducción* (*Einleitung*) de *Sobre la visión y los*

colores (*Über das Sehen und die Farben*) (1870 [1854 {1816}]), Schopenhauer es explícito con el tema de la estimulación (*Anregung*) en cuanto a que ésta es propiamente la excitación (*Reiz*) de la sensación (*Empfindung*) en los órganos de los sentidos (*Sinnesorganen*), lo cual produce la transferencia de las cantidades de excitación (*Reiz*) hacia el sistema nervioso aferente, el núcleo neuronal. Y luego, el procesamiento de los datos sensoriales o la transformación de las mismas cantidades en sensaciones conscientes de cualidades.

¿Cuál es la clave para que esta estimulación se dé? Si se revisa concretamente el “Apéndice C. Palabra y cosa”, del texto *Lo inconsciente* (1992 [1915e]), se observa que ahí Freud postula el “Esquema psicológico de la representación-palabra” (Cfr. p. 212), en el cual se encuentra la *marca más esencial*: la imagen acústica, pues los elementos acústicos son los más originales, en cuanto a que poseen mayor valor dentro del tema de los órganos sensoriales por su vínculo con el lenguaje.

La imagen acústica –como imagen sonora transformada en huella psíquica– es el referente primordial de la aprehensión que realizan los órganos sensoriales, pues a través de la afectación de estos órganos se produce aquella. Esto significa que la recepción, que los órganos de los sentidos llevan a cabo, es activa en cuanto a que le proporciona información a la consciencia (*Bewusstsein*) a modo de cualidades sensibles, palabras.

Las asociaciones lingüísticas representan la transferencia de las cantidades de excitación al sistema nervioso. Mediante este paso de lo orgánico a lo neuronal –que se presenta continua o periódicamente– se generan las representaciones-palabra, “lo representado”. Por lo tanto, los procesos del aparato psíquico, que se basan en la excitación nerviosa y en la estimulación de los órganos sensoriales que realizan las vibraciones acústicas, constituyen “lo representado”: los predicados, las cualidades sensibles.

#### **IV. BEWUSSTSEIN Y BEWUSSTHEIT, DESDE LA PERSPECTIVA FREUDIANA DE LO FUNCIONAL**

Hay una inquietud que siempre ha estado latente en la obra de Freud y es por qué él no sacó a la luz pública un texto con el título “La consciencia”, pues hasta el momento se desconoce un trabajo que haya sido publicado por él y que tenga dicho término como título.

¿Será que Freud no tenía los elementos suficientes y/o las condiciones necesarias para continuar el desarrollo teórico de la consciencia? Pues en las distintas definiciones de esta se observan ambigüedades, en cuanto a que es una cualidad y una parte de lo psíquico, un órgano superior y especializado de los sentidos, la que rige la afectividad o algo que aparece fugaz y espontáneamente en el lugar de las huellas duraderas (mnémicas).

Todo esto permite disertar sobre la concepción de la consciencia, su definición y lugar dentro de la obra freudiana, pues en la actualidad es común y corriente que los términos y los conceptos freudianos sean explicados a partir de la metapsicología: aquella que comprende los puntos de vista tópico, económico y dinámico.

Dentro de la metapsicología freudiana, lo tópico está ligado a *lo real*, es decir, a la relación *yo* y *mundo exterior*; lo económico designa el placer y el displacer; y lo dinámico comporta lo activo y lo pasivo del psiquismo. Sin embargo, ¿será que existe otra forma de abordar teóricamente la consciencia en la obra freudiana, que permita desvelar y comprenderla de manera distinta a la tradicional?

Desde un posible modo de abordaje del tema de la consciencia en Freud, aquellos tres procesos anímicos, lo tópico, lo económico y lo dinámico, se podrían asumir a grandes rasgos como: primero, lo tópico está en consonancia con el contenido manifiesto del pensamiento, pero más aún con el contenido latente del mismo. Segundo, lo económico remite a la condensación de energía, vale decir: a un ahorro y una transformación de la misma. Y por último, el punto de vista dinámico alude al desplazamiento de energía, a la transferencia de cantidades de excitación de un lugar a otro dentro del aparato psíquico.

Ahora bien, a ese posible modo de abordaje, que refiere lo t3pico, lo econ3mico y lo dinámico, se le sumaría un cuarto punto de vista: lo funcional, en el momento de trabajar el tema de la consciencia (*Bewusstsein*), desde una concepción metafisiológica.

Lo funcional permite considerar las diferencias que existen entre los sistemas consciente, preconsciente e inconsciente, en cuanto a que estos dos últimos aluden a las huellas psíquicas (a las mnémicas) y aquel primero se vincula a las mismas huellas, pero de dos maneras: por un lado, a las huellas duraderas asociadas a la memoria y la atención, ya que la consciencia (*Bewußtsein*) aparece en el lugar de la huella mnémica; y por el otro, a las huellas *espontáneamente fugaces*, que, al vincularse con la condición de lo consciente (*Bewusstheit*), se relacionan con la percepción, es decir, que hay filtros que, desde la perspectiva funcional, no retienen ninguna información.

Cabe aclarar que los dos sistemas: preconsciente e inconsciente difieren del sistema consciente en cuanto a que ambos están única y exclusivamente ligados a las huellas mnémicas, las duraderas, pero no a las fugaces; tal y como sí sucede con el sistema consciente, lo cual se expresa como su singularidad respecto a aquellos dos sistemas.

La consciencia está en capacidad de acoger las cualidades sensibles, lo cual vincula la consciencia con la percepción, en cuanto a que aquí están en juego los órganos sensoriales. Esta actividad o función designa el sistema *w* que Freud trabaja en el *Entwurf*, como un sistema soportado en lo cuantitativo, en las cantidades de energía.

Por tal motivo, desde la perspectiva de lo funcional de la consciencia y basándose en la obra freudiana, se podría comprender lo que Lacan, como comentarista de Freud, dice sobre aquella: la consciencia es “des-conocimiento” (*mé-connaissance*), es decir, una percepción que fundamentalmente escapa, un puro *percipi*, una condición de ser percibido, una percepción en estado pasivo.

Así pues, se asocian la percepción y la consciencia para establecer el sistema percepción-consciencia como el que recibe estímulos exógenos y excitaciones endógenas que no dejan ninguna huella duradera.

A partir de todo lo anterior, se puede establecer una distinción entre dos tipos de consciencia, que Freud nombra originariamente en su obra como *Bewusstsein* y *Bewusstheit*.

La comprensión teórica de ambos tipos de consciencia: *Bewusstsein* y *Bewusstheit*, desde la perspectiva de lo funcional, permiten delimitar lo que es la consciencia del lado del “estado consciente” (lo subjetivo) y la “condición de lo consciente”, que está asociada al sistema consciente, lo funcional.

### **1. *Bewusstsein* (consciencia)**

Freud –en primera instancia– presentó el tema de la consciencia (*Bewußtsein*), en el *Proyecto de una psicología para neurólogos* del lado de la “psicología cuantitativa”, pues la consciencia designa un fenómeno neurofisiológico que comporta una transferencia (*Übertragung*) sensorial o transferencia de cantidades de excitación nerviosa al aparato psíquico, es decir, se da el paso de lo cuantitativo a lo cualitativo del psiquismo.

Dentro de lo cuantitativo, la consciencia se asumiría como una parte del sistema nervioso o neuronal, que se fundamenta en términos materialistas, mecanicistas y teleológicos. Esto se demuestra en la siguiente definición: “Consciencia es aquí el lado subjetivo de una parte de los procesos físicos del sistema de neuronas, a saber, de los procesos *w*, y la ausencia de la consciencia no deja inalterado al acontecer psíquico, sino que incluye la ausencia de la contribución del sistema *w*”, expresa Freud (1992 [1950a {1895}]: 355), en el apartado que le dedica a la “Consciencia”, en su *Proyecto de una psicología para neurólogos*.

Tal definición, según el diccionario de Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, se mantendrá a lo largo de toda la obra freudiana y, acorde a lo que propone Carlos Enrique Mercadante en su texto *Analogías entre Freud y Aristóteles: proyecto de psicología. Acerca de una física y una lógica*, comporta modelos mecanicistas (el principio de inercia, el proceso primario, la dimensión cuantitativa) y aspectos teleológicos o finalistas (el principio de constancia, el proceso

secundario, la dimensión cualitativa), que designan el trabajo de Aristóteles en relación con la evolución de las especies, con su finalidad y determinismo biológico.

En aquella definición, la que Freud sostendrá hasta sus últimos días, llama la atención que aparezca el aspecto *subjetivo* del lado de los procesos físicos, pero es mediante la postura teórica de los atomistas que se logra comprender tal proposición, pues, como lo sostiene Marx en su tesis doctoral: *Escritos sobre Epicuro*, “[...] Demócrito reduce la realidad sensible a apariencia subjetiva [...]” (1988: 44-45), en el modo en que “se determina la relación entre el átomo y el mundo que aparece a los sentidos” (1988: 44).

El solo hecho de que los átomos se junten o estén en un contacto recíproco no implica que se forme una unidad, pues el átomo mismo es la unidad radical. Él – al ser una unidad dura, impenetrable, inmutable e indivisible- es lo que queda, lo último de la materia, el *Uno* cuantitativo, que –mediante el intelecto- se transforma en un *Uno* cualitativo. Al respecto, Hegel expone lo siguiente: “El átomo puede concebirse en un sentido material, pero es, a pesar de ello, algo no sensible, puramente intelectual” (1979: 280).

El atomismo se soporta en ese *Uno* lleno, ser-pleno y sólido, lo cual implica que esta unidad cualitativa, un *Uno* que está ligado a lo experimentado por el individuo en la realidad o el mundo sensible y que dentro del sistema especulativo de Hegel aparece como el *ser para sí*, es la condición primaria de los átomos, puesto que no es divisible. “La traducción de la palabra griega ‘átomo’ es el individuo, lo indivisible; bajo otra forma, lo uno es, pues, lo individual, la determinación de la subjetividad” (1979: 281), aporta Hegel.

## **2. La condición subjetiva de la consciencia (*Bewusstsein*)**

*Bewusstsein* designa la consciencia como realidad psicológica y alude al estado consciente y a la actividad subjetiva.

Por esto es necesario abordar el tema de la determinación o condición o subjetiva que Freud ubicó del lado de la concepción de la consciencia y que conservó hasta el final de su obra.

Para esto, y después de haber considerado los planteamientos de los antiguos atomistas, hay que recurrir a las formulaciones teóricas de sus más cercanos antecedentes filosóficos, como lo fueron Kant (en especial, su trabajo sobre la estética) y Schopenhauer (de manera específica, su elaboración sobre la sensibilidad).

Según Kant, en el apartado de *La estética trascendental*, la estética debe ser comprendida “[...] parte en sentido trascendental, parte en sentido psicológico” (*Crítica de la razón pura*, B 36). Al campo trascendental le corresponde la sensibilidad (*Sinnlichkeit*), y al ámbito psicológico el entendimiento (*Verstand*). Por lo tanto, Kant define la estética a través de la sensibilidad y del entendimiento.

En la consciencia, la intuición empírica, en cuanto actividad espontánea, comporta la capacidad del entendimiento; y la apercepción, en tanto actividad no espontánea, designa la sensibilidad (*Sinnlichkeit*). Ambas actividades se encuentran a la base del modo en que todo lo que existe en el individuo se relaciona con las representaciones del objeto sensible. La diferencia radica en que la espontaneidad, que se presenta en la consciencia, adquiere una forma, la cual ordena los elementos del fenómeno que se encuentran dispersos: esta forma es el entendimiento. En cambio, lo que respecta a la actividad no espontánea: la sensibilidad, ésta debe estar previamente definida de modo objetivo dentro del psiquismo del individuo. Por tanto, la sensibilidad se aísla teóricamente del entendimiento (*Verstand*).

El entendimiento, en cuanto capacidad e intuición intelectual, posee la facultad de convertir las impresiones recibidas en el conocimiento de los objetos, es decir, en transformar las sensaciones en las intuiciones empíricas; se encarga de ordenar el material sensible de las intuiciones empíricas hasta alcanzar la experiencia. Luego, él separa y clasifica ese material sensible hasta lograr la intuición pura y la forma de los fenómenos. Todo esto se da hasta configurar las formas a priori de la sensibilidad: el espacio y el tiempo.

El tema de la sensibilidad comprende las formas del espacio y del tiempo. Pero, Freud, en su texto *Más allá del principio de placer*, cuestiona dichas formas. Claro está que él admite que sólo lo hace de pasada (Cfr. p. 28), hasta el punto que

las deja del lado de los “procesos anímicos conscientes”. Si bien el interés de Freud está puesto en el tema de los “procesos anímicos inconscientes”, no es conveniente asumir su actitud con respecto al tema de la sensibilidad que plantea Kant, ya que él mismo está en estrecha relación con un gran lector de este filósofo: Schopenhauer.

Schopenhauer, para el presente trabajo, es importante por la lectura crítica que realizó de Kant, pero más aún por su propuesta. Esta propuesta teórica, que se comenzó a constituir a partir de *La estética trascendental* kantiana, no designa la superioridad de la intuición sensible, es decir, la sensibilidad, sino el papel principal de la intuición empírica, la experiencia, la sensación. Por tanto, el aporte de Schopenhauer se basa en que la esencia de las cosas materiales: su acción se manifiesta en el mundo empírico a través del entendimiento (*Verstand*).

Para Schopenhauer, la consciencia (*Bewußtsein*) es el conjunto de entendimiento (*Verstand*), sensibilidad (*Sinnlichkeit*) y razón (*Vernunft*); es el basamento de la relación sujeto-objeto; es el lugar donde se deposita todo conocimiento humano. Pero, ¿qué es lo que se deposita en la consciencia? Esto es lo que se denomina como memoria (*Gedächtnis*), que cumple la función de contenedora (*Behältnisses*), de “bodega”, donde se almacenan impresiones: estas impresiones se transforman, se repiten y se reproducen constantemente.

A tales impresiones se les nombra como “representaciones” y son el resultado de la estimulación (*Anregung*), que realiza la acción del objeto material sobre la consciencia, esto es: la intuición empírica. Así pues, si entre una intuición y un objeto inmediato que corresponda a ella se presenta la sensación (*Empfindung*) como instrumento mediador, entonces emerge la “intuición empírica” (*empirischen Anschauung*).

El entendimiento, según Schopenhauer, es la “[...] función, no de las tenues extremidades de los nervios aislados, sino del cerebro, tan artística y enigmáticamente construido, que sólo pesa tres libras, y acaso cinco por excepción” (1989 [1847]: 91); y su importancia reside en la relación con la sensación y, más aún, con la excitación (*Reiz*).

Es necesario destacar que Schopenhauer en su texto *El mundo como voluntad y representación* (1985 [1819]) postula la expresión “sensibilidad puramente sensitiva”<sup>8</sup> para vincularla con la formulación de que la sensibilidad, al suponer la existencia de materia (1985 [1819]: 24), designa el punto de partida del entendimiento, es decir, el objeto inmediato o la representación inmediata del conocimiento: el cuerpo.

La representación refiere la relación de la sensibilidad (*Sinnlichkeit*) con la consciencia (*Bewußtsein*), pues el individuo sólo percibe lo que él mismo ha creado en el momento de la mediación, esto es, cuando confronta su realidad interior con el mundo exterior.

La sensibilidad es el medio por el cual se dan los objetos de la naturaleza; es la que provee de intuiciones, que pueden asumirse como una anticipación del pensamiento con respecto a un momento específico, donde se constituyen y recrean los objetos sensibles. En efecto, la sensibilidad es la capacidad de percibir las representaciones que se originan en el momento en que el objeto material afecta al psiquismo, a la consciencia que percibe.

Desde la perspectiva de Kant, la intuición pura a priori del espacio y del tiempo son formas inherentes al psiquismo, esto es, a la sensibilidad del individuo. Dicho de otro modo, el psiquismo posee un sentido externo que permite representar los objetos exteriores al individuo. En efecto, tales objetos se presentan en la medida en que son objetos de la sensibilidad, es decir, ellos afectan la capacidad receptiva del individuo. Esta capacidad es una condición subjetiva necesaria para poder intuir los objetos exteriores. Por esto se dice que es por medio de tal condición por donde se reciben las intuiciones externas.

Cuando se hace abstracción de los objetos exteriores se logra una intuición pura llamada espacio. A través de dicha intuición, dichos objetos se determinan por su figura, sus dimensiones y sus relaciones con los demás objetos del mundo material. Así se generan las representaciones del mundo sensible. Y es el entendimiento (*Verstand*) el que se encarga de objetivar aquellas representaciones

---

<sup>8</sup> En la traducción que realizó Pilar López de Santa María de la misma obra, pero publicada por la Editorial Trotta, dicha expresión se denomina la “mera afección sensorial” (Cfr. p. 68, § 6 del *Libro primero*, 2004 [1819]), que en alemán se escribe de la siguiente manera: *bloß sinnliche Empfindung*.

de los objetos materiales, esto es, ordenarlas y clasificarlas. En este proceso de construcción, el individuo representa el mundo exterior en su pensamiento con ayuda de los conceptos y, por tanto, conoce el mundo en tanto sensible vuelto objetivo.

El espacio es una intuición externa que está antes de los objetos reales y desde la que se puede determinar previamente el concepto de los mismos objetos. Claro está que cuando esto se da es porque la intuición se ha formalizado en el psiquismo del individuo. Tal formalización se constituye en el momento mismo en que el psiquismo del individuo es afectado por los objetos del mundo real, es decir, el mundo activo y material. Así comienzan a instaurarse las representaciones abstractas de los mismos. Dicho de otro modo, el espacio no se define como una propiedad exclusiva de los objetos, sino que es la forma de todo lo que aparece ante los sentidos externos.

Ahora bien, si la forma de los fenómenos se da en el psiquismo con antelación a toda percepción del mundo real, entonces se puede decir que la forma es el espacio. Y si el espacio, como se dijo anteriormente, se define como una condición de los objetos exteriores, en cuanto a que se relaciona con la intuición de éstos, entonces, el espacio designa la forma pura de la intuición, la cual determina anticipadamente los objetos de toda experiencia.

De allí es precisamente de donde surgen los conceptos como principios, los cuales regulan las relaciones entre los objetos. Así, cuando se habla de la intuición pura a priori de espacio es para dar cuenta del cómo se relaciona la realidad de éste con todo lo que se presenta del mundo exterior objetivado; y, a su vez, es para establecer que dicha relación con los objetos, considerados como tales por la razón, prescinde de las determinaciones de toda experiencia, en cuanto a que en ésta no hay ningún tipo de propiedad sensible inherente a un objeto, pues ninguna propiedad sensible puede ser intuida con antelación a la creación del mismo.

Por su parte, lo que respecta al sentido interno, se debe manifestar que es por medio de éste que el psiquismo se intuye o se toma a sí mismo como objeto. Claro está que para que el propio psiquismo intuya y determine los estados internos necesita anticipadamente representarse los objetos con relación al espacio. Esto

es: la representación surge en el momento en que el individuo proyecta anticipadamente su conocimiento interior al mundo exterior; y luego, ese conocimiento se recobra como nuevo conocimiento a manera de representaciones. Pero, en este caso son representaciones del espacio, las cuales preceden a las sensaciones que provienen de los objetos externos.

La forma de la intuición sensible del tiempo no existe por sí mismo; no es algo que se dé paralelamente a la realidad del objeto ni tampoco pertenece o precede a los objetos como mera condición de éstos. Es más, aquél tampoco se intuye como si preformara los mismos ni tampoco se constituye en el momento mismo en que el sujeto cognoscente hace abstracción de las cosas que se encuentran en el mundo.

El tiempo es la condición subjetiva de todas las intuiciones. Todas éstas, al ser propias del individuo, son representaciones fenoménicas que corresponde al estado interno del psiquismo. En efecto, el tiempo determina el modo en que se relacionan las representaciones del individuo en su psiquismo. Por tanto, el tiempo es la forma del estado interno y se define como la condición en la que se posibilita su ingreso en la representación de los objetos.

La forma, en tanto a priori, tiene como función ordenar y relacionar las sensaciones en el psiquismo. Así, la forma se separa de las sensaciones. Esto significa que la forma pura de las intuiciones sensibles se encuentra a priori en el psiquismo.

La intuición sensible comporta las relaciones que formula de, establece en y corrobora con las representaciones externas. De hecho, los objetos, que son intuitos por la facultad psíquica, son en sí mismos representaciones, ya que el modo de intuir es la sensibilidad determinada por el espacio y el tiempo. Así, pues, las diferentes formas de los fenómenos se configuran como un intuir puro, donde las representaciones también se definen como abstractas. De tal modo que dichas representaciones son las que en su contenido no existe algo que pertenezca a la sensación, a la experiencia. Pues bien, esto es lo propio de la extensión y la figura, en tanto que ambas se presentan en el pensamiento como formas de la sensibilidad, de la intuición sensible.

Las relaciones, que se dan dentro de la intuición sensible, son la forma de la misma. Esta forma, al ponerse en el psiquismo como representación, es el modo en que el propio psiquismo se ve afectado por la actividad de poner su representación en sí mismo. Por tanto, aquella forma, al definirse como interna, comprende la condición subjetiva de la consciencia.

Tal condición de la consciencia, que determina la forma del objeto en cuanto fenómeno, alude a que la intuición sensible antecede al acto de pensar a modo de representación. Así, la forma de los objetos, que son dados como fenómenos, se manifiestan a manera de representación.

De eso se trata el lado subjetivo de la consciencia que propone Freud, pues la condición subjetiva de la misma determina la forma material del objeto en cuanto fenómeno.

Por lo tanto, el sujeto siempre se ocupa de los objetos sensibles que elige de la realidad fenoménica o material; y él, en tanto fenómeno, se representa a sí mismo como objeto. Así, pues, el sujeto cognoscente, además de intuir, es quien puede intuirse como representación, como objeto.

### **3. *Bewusstheit* (Condición de lo consciente)**

*Bewusstheit* se define como cualidad de ser objeto de consciencia, es la condición de lo consciente y representa el estado pasivo del psiquismo, es decir, el "hecho de ser o de devenir consciente" asociado al contenido latente y a la desfiguración (*Entstellung*) onírica. Al respecto, Freud expresa que: "[...] el devenir-conciente es para nosotros un acto psíquico particular, diverso e independiente del devenir-puesto o devenir-representado, y la consciencia [*Bewusstsein*] nos aparece como un órgano sensorial que percibe un contenido dado en otra parte" (1992 [1900a]: 162-163).

El devenir-conciente, que está del lado de *Bewusstheit* y proviene del contenido latente, designa un sentido sistemático y funcional. En cambio, el devenir-representado, que se halla en el campo de *Bewusstsein* y procede del contenido manifiesto, refiere un sentido descriptivo y subjetivo.

Ahora bien, si la representación –o el devenir-representado- es una construcción secundaria de orden subjetivo, pues la realidad del individuo, la vivenciada (*Erlebte*) en el estado de vigilia, se constituye a partir de proyecciones que van de adentro hacia afuera, como por ejemplo los recuerdos, en cuanto a que “lo que así proyectamos, idénticamente al primitivo, en la realidad exterior, no puede ser sino nuestro conocimiento de que junto a un estado en el que una cosa es percibida por los sentidos y la conciencia, esto es, junto a un estado en el que una cosa dada se halla *presente*, existe otro en el que esta misma cosa no es sino *latente*, aunque susceptible de volver a hacerse presente” (Freud, 1981 [1912-1913]: 1806); entonces, lo que respecta al devenir-consciente y a su contenido que no es más que aquel “otro estado”, que indica la existencia de la cosa en cuanto latente, permite deducir lo siguiente: la fuente de donde emergen las formaciones como las fantasías, los delirios, las ideas, los sueños, los recuerdos, entre otros, es de una vivencia (*Erlebnis*) interna, esto es, de un pensamiento inconsciente.

Tales formaciones se instauran a partir de modificaciones del material interno psíquico percibido de la realidad exterior. Este principio de realidad, como bien Freud lo llama en su texto *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* (1911b), es relevante porque se establece sin importar si lo desagradable aparece en la realidad psíquica como agradable. Así, cuando se pone “lo representado” en el mundo exterior al mismo tiempo se devuelve tal cual fue proyectado por el psiquismo.

Por lo tanto, la conciencia aprehende de los objetos el conocimiento, no el que el objeto da, sino el que el psiquismo le ha atribuido anticipadamente. Este retorno, o mejor, esta re-presentación (primero, surgida en lo interno por medio de la percepción; luego, puesta en el mundo exterior; y por último, devuelta a donde nació) es una función espacio-temporal, en cuanto a que en la reproducción de la representación se produce una pérdida y una desfiguración (*Entstellung*) del contenido de la realidad psíquica.

El devenir-representado está configurado por la función de la *Nervenreiz*, que está ligada al campo cuantitativo, a la materia, la acción, posee una condición

necesaria para que ella sea lo que es y una función exclusiva, que le es inherente, la caracteriza y la diferencia de las demás cosas.

En la función de la *Nervenreiz*, donde operan las cantidades de excitación, hay elementos sensoriales: acústicos, cinestésicos y visuales que son transferidos a la consciencia. Tales elementos se transforman en cualidades sensibles.

Las cualidades sensibles, en cuanto producto de esa transformación, designan “lo representado”, sin embargo, en todo este material percibido y experimentado por la consciencia se presentan omisiones, olvidos, modificaciones. Este material psíquico –que no puede ser repetido ni reproducido con fidelidad, pues está por fuera del ámbito de la memoria, del recuerdo- pertenece al campo de las huellas *espontáneamente fugaces*. En consecuencia, tal material no es más que la señal de existencia del proceso de desfiguración de “lo vivenciado”.

Pues bien, “lo representado” es orgánico, es decir, en primera instancia, lo percibido del mundo material es su acción, que se resuelve por la vía de las imágenes-movimiento, los elementos sensoriales. En un segundo momento, todos estos insumos, que tienen su fuente en lo orgánico, son transformados en lo que se nombra como “lo experimentado” (*Erlebte*). Por último, la imagen de un recuerdo o la rememoración de “lo vivenciado” –lo que ha sido transformado de la naturaleza orgánica- se constituye en la realidad representada, “lo representado”: los predicados, las cualidades.

#### **4. La desfiguración (*Entstellung*) de “lo experimentado” (*Erlebte*): “lo representado”**

Freud y Nietzsche comparten teóricamente la cuestión de “lo experimentado” o “lo vivenciado” (*Erlebte*) en consonancia con el asunto de los recuerdos. Esto se refleja en la diferencia que existe entre las palabras *Erlebte* (lo experimentado o vivenciado) y *Erfahrung* (experiencia). Pues, para citar dos asuntos: por el lado de Freud, la primera palabra, que se deriva de *Erlebnis* (experiencia o vivencia), aparece en el *Entwurf*, en el apartado titulado "El recordar y el juzgar" junto al

principal referente de todas las cosas del mundo cotidiano propio de un individuo, vale decir, el prójimo:

Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir. Es que los complejos de percepción que parten de este prójimo serán en parte nuevos e incomparables —p. ej., sus rasgos en el ámbito visual—; en cambio, otras percepciones visuales —p. ej., los movimientos de sus manos— coincidirán dentro del sujeto con el recuerdo de impresiones visuales propias, en un todo semejantes, de su cuerpo propio, con las que se encuentran en asociación los recuerdos de movimientos por él mismo vivenciados [erlebten]. (1992 [1950a {1895}]: 376-377).

Cabe destacar la relación que se puede establecer entre lo que expresa Freud sobre lo que un individuo percibe de su prójimo, es decir, lo que aquél logra captar visualmente de éste, para luego hacer coincidir los rasgos recordados del semejante con las impresiones vivenciadas por él mismo, y lo que Nietzsche manifiesta respecto a la constitución del estado consciente, que se fundamenta en la imitación, pues “el estado consciente [*Bewusstheit*] es la evolución última y más tardía de la vida orgánica y por consiguiente lo que ésta tiene de más inacabado y precario” (Nietzsche, 1992 [1882]: 69).

Según Nietzsche, el estado consciente transcurre en palabras, en signos de comunicación y se compone de sensaciones y de imágenes mnémicas (memoria), que permiten seleccionar las representaciones que aparecen en la experiencia interior.

En efecto, el mismo autor duda de que el hombre alcance a olvidar todas las vivencias del pasado, pues “[...] la *memoria* debe pertenecer a la esencia de la *sensación* y ser, por tanto, una facultad primigenia de las cosas” (Nietzsche, 2000: 52).

Esto significa que el hombre conserva el material de las primeras impresiones sensoriales, es decir, las imágenes y las percepciones de recuerdo: las

representaciones que le generaron sus vivencias placenteras y displacenteras más arcaicas.

Las vivencias más arcaicas están relacionadas con todo “pensamiento primitivo” (ilógico), en cuanto a que éste se configura a partir de la imitación que hace o intenta hacer de ellas. Esto es: aquel pensamiento o estado consciente, que tiene su fuente en la materia, comienza a funcionar cuando admite de entrada que su naturaleza radica en la percepción de imágenes, de impresiones sensoriales. Luego, las consecuencias, que se derivan de estos estímulos (placenteros o displacenteros), incitan la transferencia de las mismas a las imágenes del recuerdo, a la memoria.

Ahora bien, la transferencia es un movimiento que implica materia, sensaciones de placer o displacer, cantidades de excitación nerviosa. Lo que se transfiere periódicamente son fragmentos del mundo exterior, es decir, el efecto de la acción que las cosas materiales ejercen sobre los órganos sensoriales.

Esa acción se denomina causa. Ésta, a través del entendimiento (*Verstand*): la fuerza superficial y subjetiva que se compone de imágenes, palabras, metáforas, adopta la forma de los fragmentos percibidos, que se traducen en cualidades, en predicados, de aquellas cosas del mundo material, esto es, en movimientos adecuados y en actividades que se han modificado para establecerse concretamente en la memoria como referentes respecto a las cantidades brutas, al contenido indefinible, a lo inaprehensible de aquel mundo, la realidad cotidiana.

Por otro lado, aquella palabra, *Erlebte*, para citar un caso en Nietzsche, se encuentra en el *Nacimiento de la tragedia*, en el apartado número "Siete": “El éxtasis del estado dionisiaco, con su aniquilación de las barreras y límites habituales de la existencia, contiene, en efecto, mientras dura, un elemento *letárgico*, en el que se sumergen todas las vivencias [*Erlebte*] personales del pasado. Quedan de este modo separados entre sí, por este abismo del olvido, el mundo de la realidad cotidiana y el mundo de la realidad dionisiaca” (1997 [1872 {1869/71}]: 80).

Si bien Freud enfatiza en “lo percibido” por el individuo respecto del mundo exterior constituido por sus semejantes; y Nietzsche acentúa en el tema del olvido de lo vivenciado por el hombre, entonces no se puede desconocer que de ambos

pasajes –los formulados por dichos autores- se colige que “lo experimentado” (*Erlebte*) subsume el aspecto de los órganos de los sentidos referidos concretamente a las impresiones sensoriales y al éxtasis, vale decir, a las cantidades de excitación que afectan el sistema nervioso.

En cambio, la palabra *Erfahrung*, que la traducen como “experiencia”, designa lo que se aprendió o adquirió de la “experiencia” (*Erlebnis*). Ahora bien, la distinción que se hace entre *Erlebnis* y *Erfahrung* permite pensar que esta última palabra alude a que lo que se obtiene de la experiencia (*Erlebnis*) es un conocimiento (consciente).

Lo que produce la vivencia (*Erlebnis*) es lo que se denomina *Erlebte* (lo experimentado), es decir, el evento traumático: aquella vivencia interna o aquel pensamiento inconsciente que determina la existencia del hombre y se establece como un “saber no sabido”.

Con relación a esto, hay que subrayar las palabras de Nietzsche respecto a Schopenhauer: “El mismo Schopenhauer llama la atención sobre el pensamiento y el saber inconsciente [*Unbewußte*]” (2000: 23). Y por el lado de Freud está el aspecto del contenido latente, con relación al tema de los sueños, como un lugar que contiene un saber desconocido por la consciencia.

“El contenido del sueño nos es dado, por así decir, en una pictografía, cada uno de cuyos signos ha de transferirse al lenguaje de los pensamientos del sueño” (Freud, 1991 {1900a [1899]}: 285). A partir de esta transferencia: el paso de un lenguaje a otro, del valor figural del signo a la referencia signante se comprende que los sueños están constituidos por imágenes y palabras. Sin embargo, la composición figural de un sueño es muy escasa para lograr descifrar su sentido.

Por esto es importante la referencia signante, la palabra, con respecto a las imágenes oníricas, pues a éstas hay que llevarlas a las palabras para poder alcanzar un sentido propio del sueño.

Ahora bien, si el contenido latente es el contenido original del sueño, y el contenido manifiesto la traducción, el recuerdo, “lo representado” o el relato del mismo, entonces es necesario que aparezca una frase, un predicado para que surja el sentido de aquel contenido, el latente.

La “vivencia de satisfacción” (*das Befriedigungserlebnis*), al ser la primera experiencia que se instaura como *Bedeutung* (primer referente o significación) en cuanto que contiene un carácter proveniente de lo orgánico, la impresión sensorial, la excitación nerviosa (*Nervenreiz*), permite aclarar el ámbito de *Erlebnis*, hasta el punto de proponer que el hombre, por ejemplo, conoce parcialmente o revive (*Erfahrung*) en su consciencia (*Bewusstsein*) una experiencia (*Erlebnis*) pasada a través de un recuerdo (*Erlebte*) de la misma.

Un hombre puede padecer un acontecimiento traumático en la realidad cotidiana o en la vida onírica. Esto significa que es indistinto si este hecho trascendental se llevó o no a cabo precisamente en la realidad cotidiana, en el mundo exterior de ese hombre. Lo único que se tiene seguro es que este hombre sintió, presenció, vivenció (*Erlebnis*) tal evento. Sin embargo, otro hombre nunca ha experimentado ni experimentará (*Erfahrung*) esa misma vivencia tal cual fue sufrida o asumida por aquel hombre. Es más, ni siquiera este mismo hombre puede lograr revivir su primera experiencia. Él, hasta cierto punto, desde la consciencia, sólo lo logra por medio de los recuerdos de lo experimentado (*Erlebte*) en el primer momento de su existencia.

Pues bien, si ese hombre mediante su consciencia no recuerda con exactitud sus eventos traumáticos, vivencias más arcaicas o sueños, entonces hay indicios de una modificación de dicho material psíquico, esto es, la variación de ese contenido importante para el hombre no es más que la desfiguración del material que se ha aprehendido del mundo de las cosas (internas o externas), puesto que las sensaciones de la primera vivencia satisfactoria o insatisfactoria (placentera o dolorosa), por ejemplo, no son las mismas impresiones que se reproducen en el recuerdo, la rememoración, “lo representado” de aquel mundo.

El proceso de la transferencia (*Übertragung*), que se fundamenta en desplazar cantidades de excitación (*Reiz*); y la función de ésta, que se manifiesta dentro del sistema nervioso, dan como resultado la desfiguración del material sensorial.

¿Cuál es este material sensorial? La respuesta a tal inquietud recae sobre el asunto de “lo experimentado” (*Erlebte*) del mundo de las cosas –interiores o

exteriores al hombre-, lo cual es el material efectivo que reúne las condiciones de posibilidad para ser desfigurado.

Ese material no es más que un fragmento, una parte, un “pedazo” del hombre:

Era la tarde, el perfume de los abetos se difundía en el aire, a través de sus frondas se podían divisar las grises montañas, en lo alto resplandecía la nieve. Cubriéndolo todo un cielo azul sereno. Cosas tales no las vemos nunca como son en sí, sino que las cubrimos siempre con una delicada membrana del alma –que es la que vemos después. A la vista de esas cosas de la naturaleza se despiertan sentimientos ancestrales, y estados de ánimo propios. Vemos algo de nosotros mismos –en este sentido es también este mundo nuestra representación. Bosques, montañas, no son solamente conceptos, son nuestra experiencia y nuestra historia, un pedazo de nosotros. (Nietzsche, 1969 [1876-1877]: 523-524).

“Lo vivenciado” por un hombre se define como su “pedazo”, su representación, ficción, apariencia. Esta apariencia de la esencia de aquel mundo de las cosas denota la metáfora química, física, biológica, fisiológica del mismo y, por tanto, connota “lo representado”. Así pues, “la esencia total de las cosas no se aprehende nunca. Nuestras expresiones verbales [*Lautäusserung*] no esperan jamás a que nuestra percepción y nuestra experiencia nos proporcionen sobre la cosa un conocimiento exhaustivo y hasta cierto punto respetable. Surgen en el momento mismo en que se siente la excitación. En lugar de la cosa, la sensación no aprehende más que un signo [*Merkmal*]” (2000: 140), asevera Nietzsche.

La aprehensión del signo demuestra la existencia de que no hay fidelidad a la forma original, vale decirlo inversamente, donde se halla la copia, entonces se expresa la marca de la desfiguración en consecuencia de la omisión, del olvido de las experiencias más arcaicas.

La desfiguración (*Entstellung*) se configura en virtud de la capacidad natural de la función que cumple la *Reiz* dentro del sistema nervioso. ¿Cómo se da esto?

Pues para que se posibilite la desfiguración es necesario que se presenten ciertas condiciones en la función de la *Nervenreiz*. Tal posibilidad se da a través de “lo experimentado” (*Erlebte*) por el individuo.

En “lo vivenciado” pueden haber omisiones, olvidos, modificaciones del material percibido en un momento importante o una situación específica, vale decir, en un acontecimiento o un evento traumático, lo cual se sitúa en la dimensión de los recuerdos como vivencias trascendentales para aquél.

Las vivencias trascendentales, en mayor medida, presuponen un retorno a las épocas más arcaicas donde el individuo tuvo sus primeras percepciones. Y, en años posteriores, este individuo intentará repetir sus primeras vivencias mediante la representación de aquellas percepciones. Pero, “no siempre, al reproducirse la percepción en la representación, se la repite con fidelidad; puede resultar modificada por omisiones, alterada por contaminaciones de diferentes elementos. El examen de realidad tiene que controlar entonces el alcance de tales desfiguraciones” (1992 [1925h]: 255-256), expresa Freud.

La marca de la desfiguración es precisamente la representación, que se impone por la labor que cumple la excitación nerviosa dentro del sistema nervioso. Y la desfiguración (*Entstellung*), que se da en virtud de la transferencia (*Übertragung*) de la excitación nerviosa (*Nervenreiz*) a la imagen acústica, determina la representación (*Vorstellung*), es decir, ésta se conforma a través de la desfiguración de “lo representado”: aquel material experimentado (*Erlebte*) que fue transformado por la consciencia (*Bewusstsein*). Así pues, la desfiguración, al ser el medio que permite configurar el devenir-representado, se expresa como una función condicionante. Por lo tanto, la desfiguración, que está del lado de la consciencia, es una condición de lo consciente (*Bewusstheit*), “lo representado”. Y el individuo construye su mundo interior mediante tal condición.

## V. CONCLUSIÓN

Quizá toda la elaboración que se llevó a cabo en el presente trabajo de investigación se pueda poner en duda o sea algo que amerite un replanteamiento o un nuevo, largo y amplio desarrollo expositivo, argumentativo, descriptivo. Pero lo fundamental de todo esto es: hay que volver a leer a Freud bajo otras perspectivas conceptuales y no siempre desde lo que la Tradición psicoanalítica ha propuesto como única verdad, esto es, la metapsicología como el modelo absoluto.

A partir de lo comprendido y lo aprendido en el transcurso de la investigación se concluye que más que cerrar una temática de tal magnitud, lo que interesa es abrir nuevos campos de acción donde confluyan un sinnúmero de inquietudes, que permitan encontrar basamentos para establecer nuevas propuestas investigativas referidas a las disciplinas como el psicoanálisis y la filosofía.

El interés del presente trabajo, más que presentar puntos disidentes entre las concepciones teóricas: filosóficas, lingüísticas y freudianas –que se fundamentan en asuntos propios de un individuo, su lenguaje, su consciencia, entre otros-, radica en mostrar sus puntos de convergencia, para poder configurar una perspectiva distinta de las usuales: aquellas que se ocupan de cuestiones referidas única y exclusivamente a la metapsicología, como para citar el caso de la pulsión, en cuanto a que ésta, en una de sus definiciones propuestas por Freud, está entre en lo psíquico y lo somático. Pero, desde la metafisiología, *Reiz* (empuje, impulso), que es el precursor teórico de la pulsión, está entre lo neuronal y lo orgánico. Sólo que cuando *Reiz* (interno) pasa al sistema nervioso se convierte en excitación nerviosa (*Nervenreiz*).

Por esto es necesario ahondar en los elementos fundamentales de la metafisiología, en temas como lo funcional, “lo representado”, la condición de lo consciente, la transferencia sensorial, las imágenes lingüísticas, sensibles y sonoras, las vibraciones acústicas, la excitación nerviosa, lo cualitativo y lo cuantitativo del aparato psíquico, pues son partes constitutivas y constituyentes de aquellos asuntos del individuo.

Si bien hay que recurrir a la lingüística para diferenciar lo que es la imagen acústica o lingüística de la imagen sonora o sensible, pues la primera está ligada a las huellas mnémicas y a la representación del sonido, y la otra a las huellas fugaces y el sonido material; el punto medular de toda esta labor investigativa designa los órdenes psicoanalíticos y filosóficos, para demostrar que la construcción del concepto de metafisiología se da a través de la presentación teórica y del desarrollo de aquellas partes que son propias de la consciencia y del lenguaje de un individuo.

Por esto es relevante el tratamiento del tema de la desfiguración de “lo experimentado” (*Erlebte*): las percepciones primigenias de un individuo que han sido transformadas posiblemente por mecanismos de censura, resistencias, impulsos psíquicos, fuerzas represoras o deseos (in)conscientes, pero que constituyen “lo representado” por parte del individuo.

Además, no se puede desconocer el papel fundamental que lleva a cabo la transferencia de los estímulos exógenos dentro del organismo: el sistema nervioso periférico y la función que cumple la *Nervenreiz* o excitación endógena dentro del sistema nervioso eferente: el núcleo neuronal. Pues a partir de la labor de estos dos aspectos -la transferencia y la *Nervenreiz*- se soporta la siguiente operación: el paso de lo cuantitativo a lo cualitativo del psiquismo.

Esa transición permite pensar sobre el asunto de la creación de cualidades, predicados, “lo representado”, lo cual deja entrever que la transferencia de cantidades endógenas o exógenas, que es una función del aparato anímico, se presenta continua o periódicamente y surge de la percepción que realizan los órganos sensoriales. Por medio de esta labor orgánica se produce el material psíquico.

En el material psíquico, que es el resultado de la acción que ejerce el mundo material sobre el pensamiento (consciente o inconsciente), están en juego una serie de elementos prelingüísticos, como lo son las imágenes: acústicas, movimiento, mnémicas. Sin embargo, los elementos acústicos sobresalen porque tienen un mayor vínculo con el lenguaje.

Con base en tales asociaciones se crean las palabras. Éstas representan la transformación de aquellas cantidades de excitación o formas materiales de la

cantidad. En efecto, la transformación de las mismas cantidades genera las cualidades, esto es, el material percibido por la consciencia reúne las condiciones de posibilidad para ser omitido, olvidado, modificado.

La alteración de dicho material no es más que un signo de la realidad captada por parte de los órganos sensoriales. Ese signo pertenece al contenido de la consciencia y, por tanto, se define como una sensación consciente de cualidad: la palabra.

Ese signo lingüístico no da cuenta de la totalidad de la realidad interior y exterior del individuo, pues sólo la imita. Esto es: la palabra no repite ni reproduce fielmente el mundo material del hombre: éste se queda con la mera copia, la apariencia, la ficción, la representación de aquél. En consecuencia, la marca de la representación –que instaura la imitación, la copia, la falta de fidelidad, la omisión, el olvido de los caracteres individuales- es el reflejo de la desfiguración.

La desfiguración, desde el punto de vista funcional, está ligada a la “condición de lo consciente” (*Bewusstheit*) del individuo, lo cual significa que aquella se fundamenta en las huellas *espontáneamente fugaces*, en la información que el individuo no logra retener de las percepciones internas y externas; y que, por tanto, constituyen el sistema consciente.

## VI. BIBLIOGRAFÍA

ADORNO, Theodor L.W. y DIRKS, Walter. Freud en la actualidad. J. M. Pomares Olivares (Trad.). Barcelona: Barral Editores, 1971.

ADORNO, Theodor L.W. Dialéctica negativa. (1966). José Ripalda (Trad.). Madrid: Taurus, 1975.

\_\_\_\_\_. Terminología filosófica, Vol. II. Madrid: Taurus, 1976.

ANSERMET, François y MAGISTRETTI, Pierre. A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente. Laura Fóllica (Trad.). Buenos Aires: Katz, 2006.

ARISTÓTELES. Acerca de la generación y la corrupción. Ernesto La Croce (Trad.). Madrid: Gredos, 1987.

\_\_\_\_\_. Acerca del alma. Tomás Calvo Martínez (Trad.). Madrid: Gredos, 1998.

\_\_\_\_\_. Física. Guillermo R. De Echandía (Trad.). Madrid: Gredos, 2007.

\_\_\_\_\_. Metafísica. Tomás Calvo Martínez (Trad.). Madrid: Gredos, 1998.

ASSOUN, Paul Laurent. El freudismo. Tatiana Sule Fernández (Trad.). México: Siglo XXI Editores, 2003.

\_\_\_\_\_. Freud y Nietzsche. Óscar Barahona y Uxo Doyhamboure (Trad.). México: Fondo de Cultura Económica, 1984.

\_\_\_\_\_. Introducción a la epistemología freudiana. México: Siglo XXI Editores, 1982.

\_\_\_\_\_. Introducción a la metapsicología freudiana. Irene Agoff (Trad.). Buenos Aires: Paidós, 1994.

BRUNO, Pierre. Sobre la formación de los conceptos freudianos de psíquico / fisiológico (1971). Mauricio Fernández Arcila (Trad.). 1978, p. 1-10. (Artículo tomado de la versión francesa de Nouvelle Revue de Psychanalyse, Paris: Gallimard, 1971, No. 3, p. 127-136).

CAPPELLETTI, Ángel José. Lucrecio: la filosofía como liberación. Caracas: Monte Ávila, 1987.

CASSIRER, Ernest. El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia modernas. (1906). Vol. 1. Wenceslao Roces (Trad.). México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

CHLADNI, Ernst Florens Friedrich. *Traité d'acoustique*. (1802). París: Chez Courcier, 1809.

DE SAUSSURE, Ferdinand. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1945.

FERRARIS, Maurizio. *Nietzsche y el nihilismo*. Carolina del Olmo y César Rendueles (Trads.). Madrid: Akal, 2000.

FREUD, Sigmund. *La afasia*. (1891). Ramón Alcalde (Trad.). Buenos Aires: Nueva Visión, 1973.

\_\_\_\_\_. *El trastrabarse*. (1901b). En: *Obras completas*, Vol. VI. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1991, p. 57-106.

\_\_\_\_\_. *El yo y el ello*. (1923b). En: *Obras completas*, Vol. XIX. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 13-66.

\_\_\_\_\_. *El problema económico del masoquismo*. (1924c). En: *Obras completas*, Vol. XIX. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 165-176.

\_\_\_\_\_. *Entwurf einer Psychologie*. (1895). En: *Aus den Anfängen der Psychoanalyse (1887–1902)*. Frankfurt am Main: S. Fischer Editorial, 1975, p. 297-384.

\_\_\_\_\_. *Esquema del psicoanálisis*. (1940a [1938]). En: *Obras completas*, Vol. XXIII. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1991, p. 133-209.

\_\_\_\_\_. *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. (1911b). En: *Obras completas*, Vol. XII. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1991, p. 223-231.

\_\_\_\_\_. *La interpretación de los sueños*. (1900a [1899]). En: *Obras completas*, Vols. IV y V. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1991.

\_\_\_\_\_. *La represión*. (1915d). En: *Obras completas*, Vol. XIV. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 141-152.

\_\_\_\_\_. *La negación*. (1925h). En: *Obras completas*, Vol. XIX. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 253-257.

\_\_\_\_\_. *Lo inconsciente*. (1915e). En: *Obras completas*, Vol. XIV. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 161-213.

\_\_\_\_\_. Los instintos y sus destinos. (1915). En: Obras completas, Vol. II. Luis López Ballesteros (Trad.). 4ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, 1981, p. 2039-2052.

\_\_\_\_\_. Lo ominoso. (1919h). En: Obras completas, Vol. XVII. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 215-251.

\_\_\_\_\_. Más allá del principio del placer. (1920). En: Obras completas, Vol. III. Luis López Ballesteros (Trad.). 4ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, 1981, p. 2507-2541.

\_\_\_\_\_. Más allá del principio de placer. (1920g). En: Obras completas, Vol. XVIII. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 7-62.

\_\_\_\_\_. Nota sobre la 'pizarra mágica' (1925a [1924]). En: Obras completas, Vol. XIX. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 243-247.

\_\_\_\_\_. Proyecto de una psicología para neurólogos. (1950a [1895]). En: Obras completas, Vol. I. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 339-446.

\_\_\_\_\_. Pulsiones y destinos de pulsión. (1915c). En: Obras completas, Vol. XIV. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 113-134.

\_\_\_\_\_. Sobre la teoría del ataque histérico. (1893 [1940/41 {1892}]). En: Obras completas, Vol. I. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 187-190.

\_\_\_\_\_. Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos. (1893h). En: Obras completas, Vol. III. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1991, p. 29-40.

\_\_\_\_\_. Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas. (1910e). En: Obras completas, Vol. XI. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires, Amorrortu, 1979, p. 143-153.

\_\_\_\_\_. Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de «neurosis de angustia». (1895b [1894]). En: Obras completas, Vol. III. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1991, p. 91-115.

\_\_\_\_\_. Theoretische Schriften (1911-1925). Wien: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1931.

\_\_\_\_\_. Tótem y tabú. (1912-1913). En: Obras completas, Vol. II. Luis López Ballesteros (Trad.). 4ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, 1981, p. 1747-1850.

\_\_\_\_\_. Tratamiento psíquico (tratamiento del alma). (1890a). En: Obras completas, Vol. I. José Luis Etcheverry (Trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 115-132.

Foucault, M. (1969). ¿Qué es un autor? Conferencia. (Sin más datos).

GUTHRIE, W.K.C. La tradición presocrática desde Parménides a Demócrito. (1965). En: Historia de la filosofía griega. Vol. 2. Madrid: Gredos, 1993, p. 389-513.

HEGEL, G.W.F. Lecciones sobre la historia de la filosofía. (1833). Vol. 1. Wenceslao Roces (Trad.). México: Fondo de Cultura Económica, 1979.

HEIDEGGER, Martin. Nietzsche. (1961). Vol. I. Juan Luis Verma (Trad.). Barcelona: Ediciones Destino, 2000.

JAKOBSON, Román. Lenguaje infantil y afasia. Madrid: Editorial Ayuso, 1974.

KANDEL, Eric R. En busca de la memoria: nacimiento de una nueva ciencia de la mente. Elena Marengo (Trad.). Buenos Aires: Katz, 2007.

\_\_\_\_\_. Principios de neurociencia. 4ª ed. España: Mcgraw-Hill, 2001.

\_\_\_\_\_. Psiquiatría, psicoanálisis y la nueva biología de la mente. Barcelona: Ars Médica, 2007.

KANT, Immanuel. La estética trascendental. En: Crítica de la razón pura. (1787 [1781]). Pedro Ribas (Trad.). 15ª ed. Madrid: Alfaguara, 1998, p. 65-91.

\_\_\_\_\_. (1766). Sueños de un visionario aclarados por sueños de la metafísica. Carlos Correas (Trad.). Buenos Aires: Leviatán, 2004.

KAPLAN-SOLMS, Karen y SOLMS, Mark. Estudios clínicos en neuropsicoanálisis. Introducción a la neuropsicología profunda. Dora Jaramillo (Trad.). Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2005.

LACAN, Jacques. (1964). El Seminario. Libro 7: La ética del psicoanálisis (1959-1960). Diana S. Rabinovich (Trad.). Buenos Aires: Paidós, 2003.

\_\_\_\_\_. (1964). Clase XIII del 6 de mayo de 1964: Desmontaje de la pulsión. En: El Seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós, 1992, p. 168-180.

\_\_\_\_\_. (1953). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. Escritos 1, Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

\_\_\_\_\_. Lituratierra. Otros escritos, Buenos Aires: Paidós, 2012.

LAERCIO, Diógenes. Libro IX. En: Vidas de los filósofos ilustres. Carlos García Gual (Trad.). Madrid: Alianza Editorial, 2007, p. 457-509.

LANGE, Friedrich Albert. Historia del materialismo. (1866). Vol. 1. Vicente Colorado Martínez (Trad.). Madrid, 1903. [Es traducción de la versión francesa de B. Pommerol, sobre la segunda edición alemana, publicada en París en 1877-1879].

LAPLANCHE, Jean & PONTALIS, Jean Bertrand: bajo la dirección de Daniel Lagache. (1967). Diccionario de psicoanálisis. Fernando Gimeno Cervantes (Trad.). Buenos Aires: Paidós, 2004.

LEFEBVRE, Henri. La presencia y la ausencia. Contribución a la teoría de las representaciones. (1980). Óscar Barahona y Uxoá Doyhamboure (Trad.). México: Fondo de Cultura Económica, 1983.

LENNEBERG, Eric H. Apéndice B. La historia de la base biológica del lenguaje. En: Fundamentos biológicos del lenguaje (con dos apéndices por Noam Chomsky y Otto Marx). 2ª ed. Madrid: Alianza Editorial, 1981, p. 489-516.

LÉVINAS, Emmanuel. La realidad y su sombra. Antonio Domínguez Rey (Trad.). Madrid: Trotta, 2001.

MARX, Karl. Escritos sobre Epicuro. (1839-1841). Miguel Candel (Trad.). Barcelona: Crítica, 1988.

MERCADANTE, Carlos Enrique. Analogías entre Freud y Aristóteles: Proyecto de psicología. Acerca de una física y una lógica. Buenos Aires: Editorial Dunken, 2013.

NIETZSCHE, Friedrich. Der Phänomenalismus der 'inneren Welt'. (1888). En: Nachgelassene Fragmente: 1887 - 1889, Vol. 13. Giorgio Colli y Mazzino Montinari (Eds.). Berlín: Deutscher Taschenbuch Verlag de Gruyter, 1999, p. 458-460.

\_\_\_\_\_. Die Geburt der Tragödie aus dem Geiste der Musik. Leipzig: E. W. Fritsch, 1872.

\_\_\_\_\_. El libro del filósofo. Retórica y lenguaje. Ambrosio Berasain (Trad.). Madrid: Taurus, 2000.

\_\_\_\_\_. El nacimiento de la tragedia. (1872 [1869/71]). Andrés Sánchez Pascual (Trad.). Madrid: Alianza Editorial, 1997.

\_\_\_\_\_. Estética y teoría de las artes. Agustín Izquierdo (Trad.). Madrid: Alianza Editorial, 2004.

\_\_\_\_\_. Fragmentos póstumos de la época de Humano demasiado humano. (1876-1877). En: Eco: Revista de la cultura de occidente. Bogotá. Vol. 19, No. 113-115 (sep. - nov. 1969), p. 510-525.

\_\_\_\_\_. La ciencia jovial: La gaya scienza. (1882). José Jara (Trad.). 2ª ed. Caracas: Monte Ávila, 1992.

\_\_\_\_\_. (1901). La voluntad de poderío. Aníbal Froufe (Trad.). Madrid: Biblioteca EDAF, 1981.

\_\_\_\_\_. Los filósofos preplatónicos. (1872-1873). Francesc Ballesteros Balbastre (Trad.). Madrid: Trotta, 2003.

\_\_\_\_\_. Ueber Wahrheit und Lüge im außermoralischen Sinne. (1873). En: Nachgelassene Fragmente: 1870 - 1873, Vol. I. Giorgio Colli y Mazzino Montinari (Eds.). Berlín: Deutscher Taschenbuch Verlag de Gruyter, 1999, p. 875-890.

POMMIER, Gérard. Cómo las neurociencias demuestran el psicoanálisis. Agustín Kripper y Luciano Lutereau (Trads.). Buenos Aires: Letra Viva, 2010.

PORATTI, A., Eggers Lan, C., Santa Cruz de Prunes, M. I. & Cordero, N. L. Los filósofos presocráticos, Vol. 3. Madrid: Gredos, 1980, p. 141-422.

PRIBRAM, Karl H. y GILL, Merton M. El "Proyecto" de Freud. Buenos Aires: Marymar, 1977.

Real Academia Española. (2014). Diccionario de la lengua española (23ª ed.). Consultado en <http://www.rae.es/>.

REALE, Giovanni y ANTISERI, Dario. Antigüedad y edad media. En: Historia del pensamiento filosófico y científico. (1975). Vol. 1. Barcelona: Herder, 1995.

SCHOPENHAUER, Arthur. De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente. (1847 [1813]). 2ª ed. Leopoldo Eulogio Palacios (Trad.). Madrid: Gredos, 1989.

\_\_\_\_\_. El mundo como voluntad y representación. (1819). Vol. I. Barcelona: Ediciones Orbis, 1985.

\_\_\_\_\_. El mundo como voluntad y representación. (1819). Vols. 1 y 2. Pilar López de Santa María (Trad.). Madrid: Trotta, 2004 y 2005.

\_\_\_\_\_. La lectura, los libros y otros ensayos. Edmundo González Blanco (Trad.). 4ª ed. Madrid: Biblioteca EDAF, 2004.

\_\_\_\_\_. Sobre la voluntad en la naturaleza. Miguel Unamuno (Trad.). Madrid: Alianza Editorial, 2003.

\_\_\_\_\_. Über die vierfache Wurzel des Satzes vom zureichenden Grunde. (1813). 2ª ed. Leipzig: Frankfurt am Main, 1847.

\_\_\_\_\_. Über das Sehen und die Farben. (1854 [1816]). 2ª ed.  
Leipzig: Julius Frauenstadt Publisher, 1870.

VALLEJO, Mauro, Cárceles y linajes. Freud y la Memoria Orgánica de Ewald Hering.  
En: Revista Imago Agenda, Marzo 2009, no. 127. Disponible en:  
<http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1038>.

WIDLÖCHER, Daniel. La economía del placer. Mauricio Fernández (Trad.).  
Nouvelle Revue de Psychanalyse, 1971, No. 3, p. 1-14.